

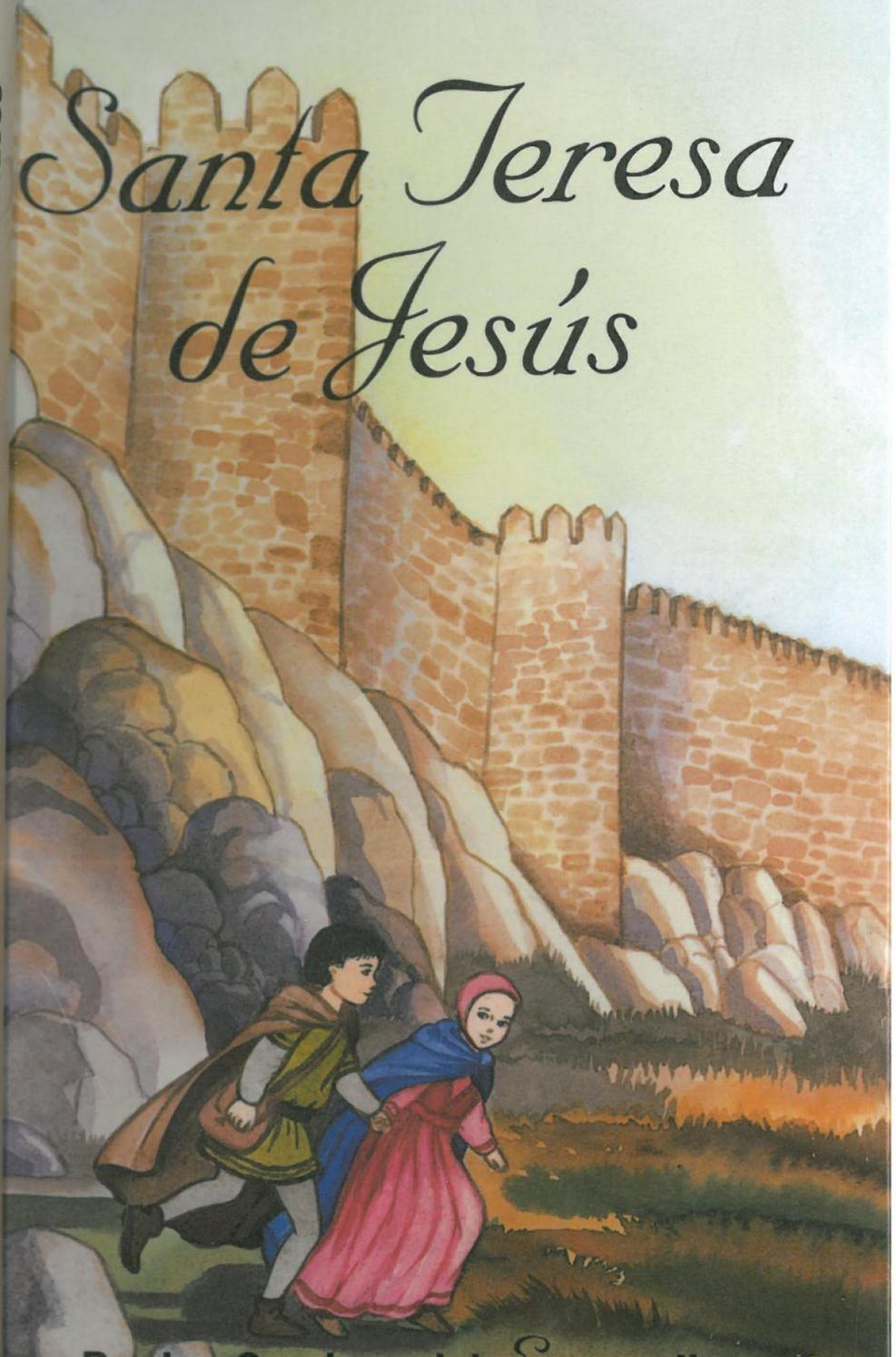
Querido amigo, esta es mi vida.

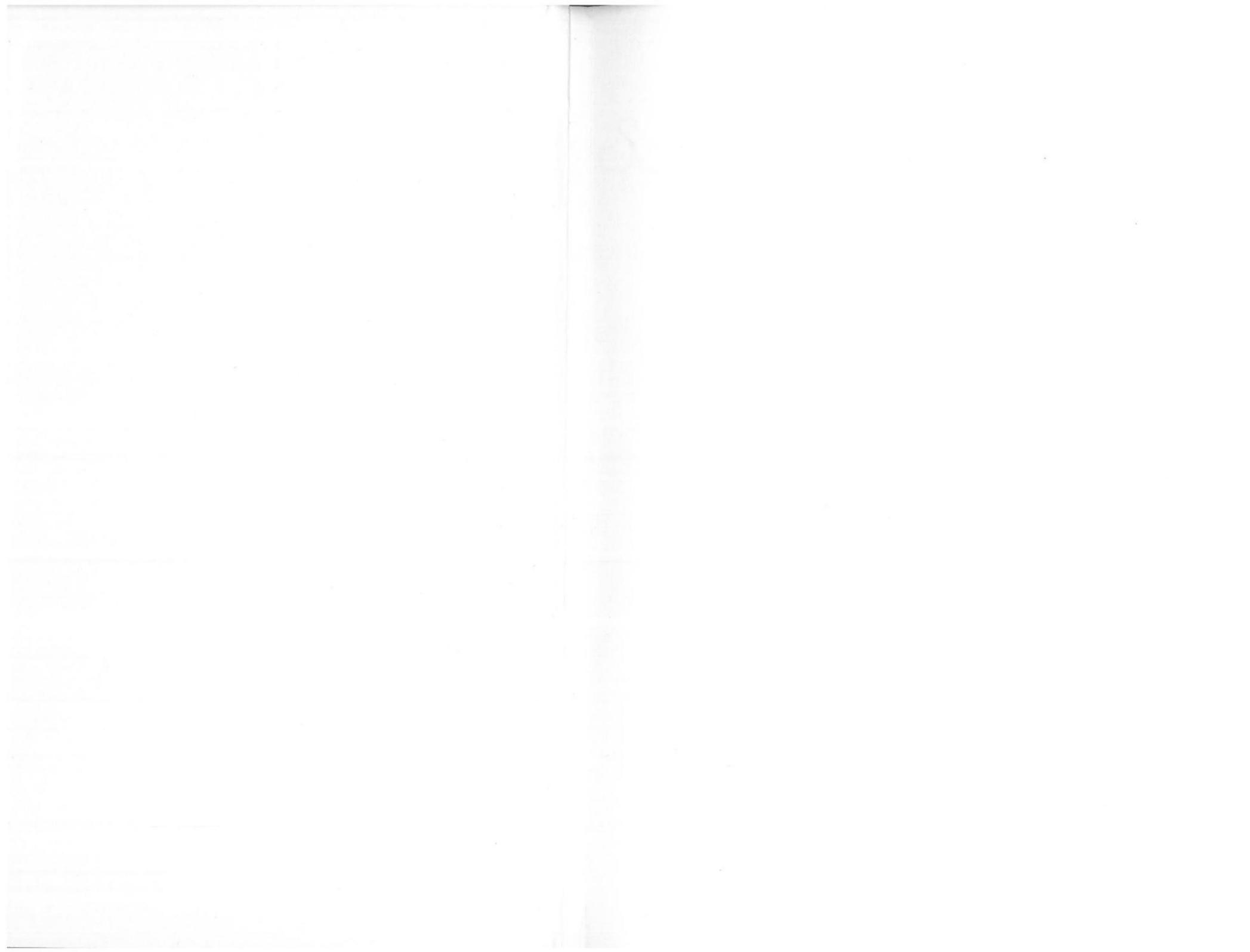
...ado siempre tantas gracias a Dios por el don de la vida,  
por haberme hecho hija de la Iglesia...

Desde aquí arriba, adonde te espero,  
¡qué bien se ven las cosas, y qué gusto,  
me da pensar que vas a ser cada vez más bueno,  
más estudioso, más alegre!

SANTA TERESA DE JESÚS

Por los Caminos del Evangelio





# *Santa Teresa de Jesús*

**Texto: José Vicente Rodríguez, OCD**

**Dibujos: Augusta Curreli**

*Editor:*  
**Éditions du Signe**  
1, rue Alfred Kastler  
B.P. 94 - 67038 Strasbourg Cedex 2 - Francia  
Tel.: 00 (33) 3 88 78 91 91  
Fax: 00 (33) 3 88 78 91 99  
E-mail: jose@editionsdusigne.fr

*Texto:*  
José Vicente Rodríguez, OCD

*Dibujos:*  
Augusta Curreli

*Diagramación:*  
Éditions du Signe

*Coordinación editorial:*  
José Córdova

© Éditions du Signe - 2004  
Todos los derechos reservados

Impreso en Colombia por Imprelibros S.A.

**H**ola amigo, soy Teresa.

*Mi nombre de familia es Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada. Pero desde 1622 me llaman Santa Teresa de Jesús.*

*Escribí un libro que titulé "VIDA", mi vida, donde cuento muchas cosas de las que me pasaron en lo que se llama "valle de lágrimas". En otros papeles sueltos di más detalles acerca de mi persona. Sobre los conventos que fui fundando por la geografía española y sobre las mil y una aventuras que me sucedieron con la gente, los caminos que recorrí, los viajes que hice, escribí el "Libro de las Fundaciones". Es muy divertido.*

*Ahora para ti, mi querido amigo, te voy a contar algunas cosas que me sucedieron durante mi vida terrena.*

*Teresa*

Nací en 1515 en Ávila, una ciudad muy fría, pero muy bonita y conocida en el mundo entero por sus hermosas murallas. La casa donde nació se ha convertido en iglesia y convento de mis hijos espirituales los Carmelitas Descalzos. Además han abierto un Museo Teresiano, muy bonito y muy visitado.



En el llamado Mercado Grande, o Plaza Mayor, me han puesto en dos monumentos. En uno, en lo alto de una columna, que me da la impresión de que me voy a caer; en el otro estoy ya en el suelo, más segura, escribiendo.



Mi padre se llamaba Alonso Sánchez de Cepeda y mi madre Beatriz de Ahumada. Mi padre apuntaba en un cuaderno la fecha de nacimiento de cada hijo. Cuando yo nací escribió, muy contento: *“En miércoles veinte y ocho días del mes de marzo de quinientos quince años (1515) nació Teresa, mi hija, ...”*.



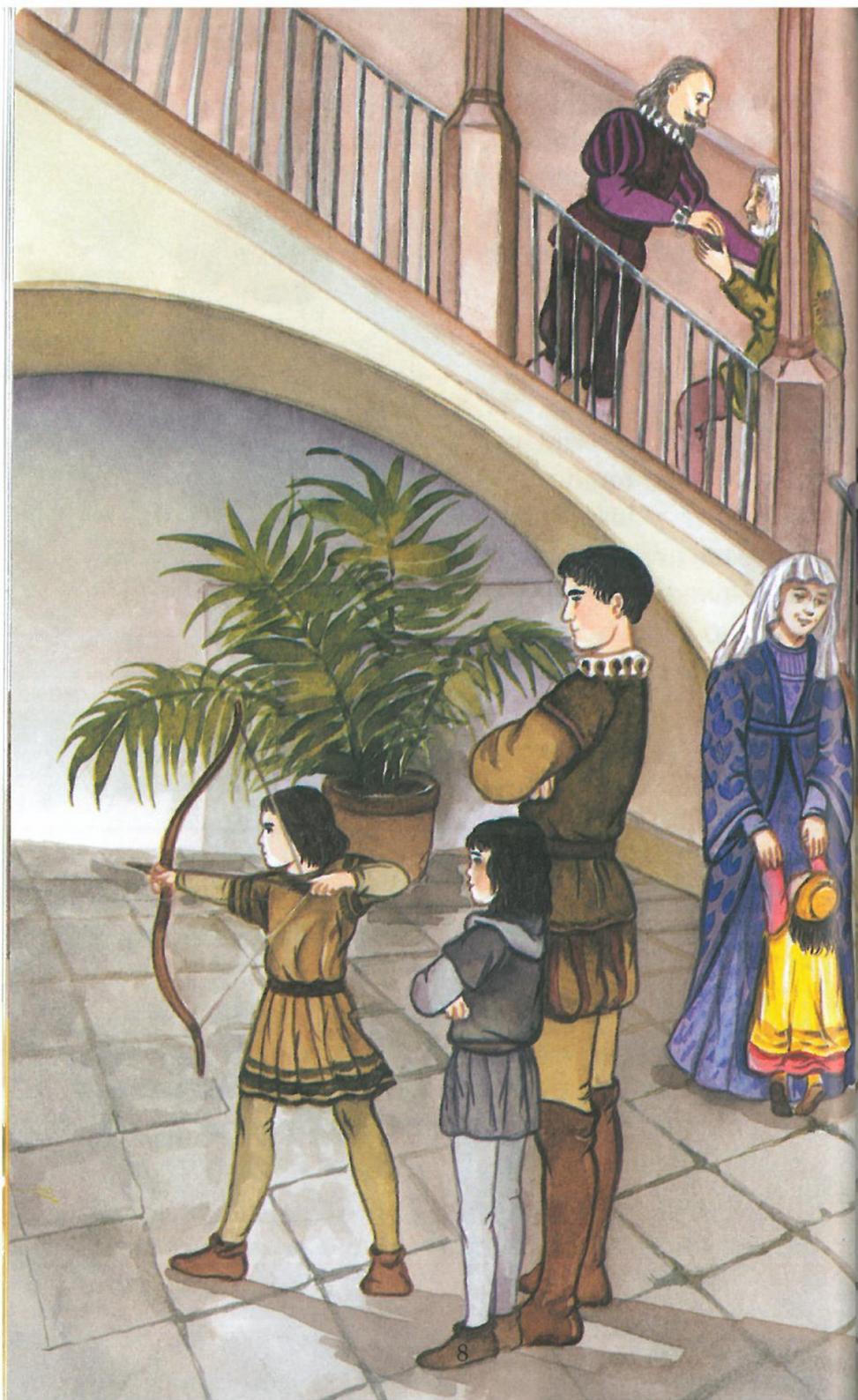
Fui bautizada el 4 de abril en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Ávila y me pusieron por nombre Teresa, que era el de mi abuela materna. Tuve muchos hermanos. Mi padre, viudo de su primera mujer, se casó con mi madre. De su primera mujer había tenido dos hijos: María y Juan. Y de mi madre me tuvo a mí, a mi hermana Juana, la más pequeña, y a mis ocho hermanos.



Los doce hermanos nos queríamos mucho.

Mi padre era muy bueno, serio, honrado y cumplidor de su palabra. Tenía mucha caridad con los pobres y enfermos, se portaba muy bien con los criados y era muy limosnero. Nunca blasfemaba ni murmuraba. Le encantaba la lectura y quería que sus hijos se instruyeran por lo que había en casa muchos libros.

Mi madre era guapísima, bondadosa, apacible y muy lista. Tenía muchas virtudes, pero sufrió muchas enfermedades. En casa aprendí tantas cosas buenas: la devoción a la Virgen, a rezar el rosario, a dar limosna, a no hablar mal de nadie, a visitar a los enfermos, etc. Heredé de mis padres la afición a la lectura. ¡Los libros que leí en mi vida!



Como lo dije antes, nos queríamos mucho todos los hermanos; pero Rodrigo era mi preferido. Con él pasaba las horas muertas leyendo vidas de santos en el jardín de la casa. En un libro grandote leíamos y releíamos los martirios que habían pasado, especialmente las santas: Lucía, Inés, Catalina, Úrsula y otras. Y nos parecía que se compraba muy barato el cielo. Queríamos también nosotros hacernos con aquel cielo de esa manera rápida.



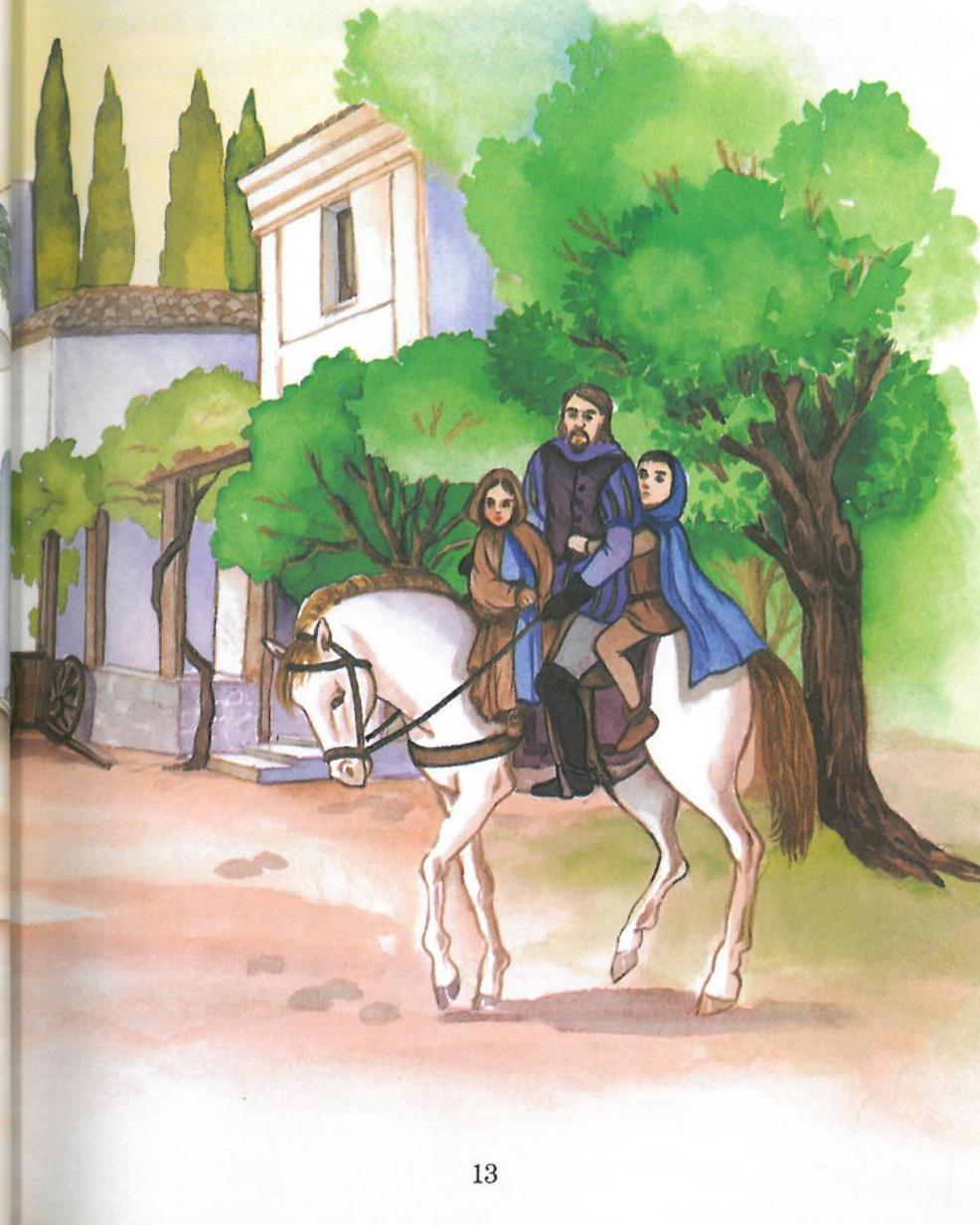
¿Cómo lo conseguiríamos? Pensábamos en escapar de casa e ir a tierra de moros para que nos cortasen la cabeza por Cristo y así entrar en el cielo.

Un buen día nos escapamos de verdad. No llegamos muy lejos porque todo el mundo se movilizó en nuestra búsqueda.





Ya habíamos pasado el puente cerca del río, pero el tío Francisco nos encontró, nos subió en el caballo y nos regresó a casa. Allí, donde volvimos con la merienda sin tocar, nos dieron una buena regañina. Rodrigo me echaba la culpa a mí; yo me callaba como una muerta porque sabía que fue idea mía.



Ya en la casa, seguimos leyendo aquellas historias de santos, santas y mártires, y decíamos muchas veces, cerrando el libro y los ojos: “¡para siempre, siempre, siempre!”. Yo decía: “¡para siempreeee, Rodrigoooo!” Él me contestaba: “¡para siempreeee, Teresaaaa!”. Y después de repetirlo y repetirlo nos quedábamos en silencio, pensando en la pena de no ver a Dios y en la alegría de estar con Él por siempre jamás.



Como la aventura del martirio nos salió tan mal, nos embarcamos en otra, que consistía en jugar a ser ermitaños. En el jardín pasábamos el tiempo haciendo ermitas con las piedrecillas que encontrábamos por allí. Pero, naturalmente, se nos caían. Cuando jugaba con otras niñas, me gustaba mucho hacer monasterios, como que éramos monjas. Yo tenía que ser siempre la abadesa, la mandamás. Estos eran algunos de nuestros entretenimientos infantiles en el huerto familiar, al aire libre.



Estábamos todos tan contentos en casa, éramos tan felices, cuando murió mi madre, que llevaba ya tiempo enferma. Murió como una santa a los 34 ó 35 años. Para cualquier niño la muerte de su mamá es una gran pena, ¿verdad que sí? Para mí fue un sufrimiento grandísimo... De repente tuve un gesto, del que me sentí después toda mi vida muy contenta. Salí corriendo y cerca del río Adaja, que pasaba no lejos de casa, me metí en la ermita de San Lázaro, de ese santo por cuya muerte lloró el Señor, y allí, afligida y sollozante delante de la Virgen, le supliqué que fuese mi madre. Esto me valió mucho. Siempre he hallado en la Virgen ese amparo materno que le pedí.





Mi madre tenía muchas virtudes y hederé algunas de ellas, en particular su gusto por la lectura. También este fue su defecto porque ella era casi adicta a los libros de caballerías, que eran aventuras descabelladas, de ficción, llenos de enredos, de peleas y amoríos de los personajes, un poco como las telenovelas o “culebrones” actuales.



Mi madre pasaba horas y horas leyendo novelas, aunque sin desatender las tareas domésticas. Esto no le gustaba nada a mi padre, por lo cual teníamos que tener cuidado con que no nos sorprendiese con un libro en la mano.



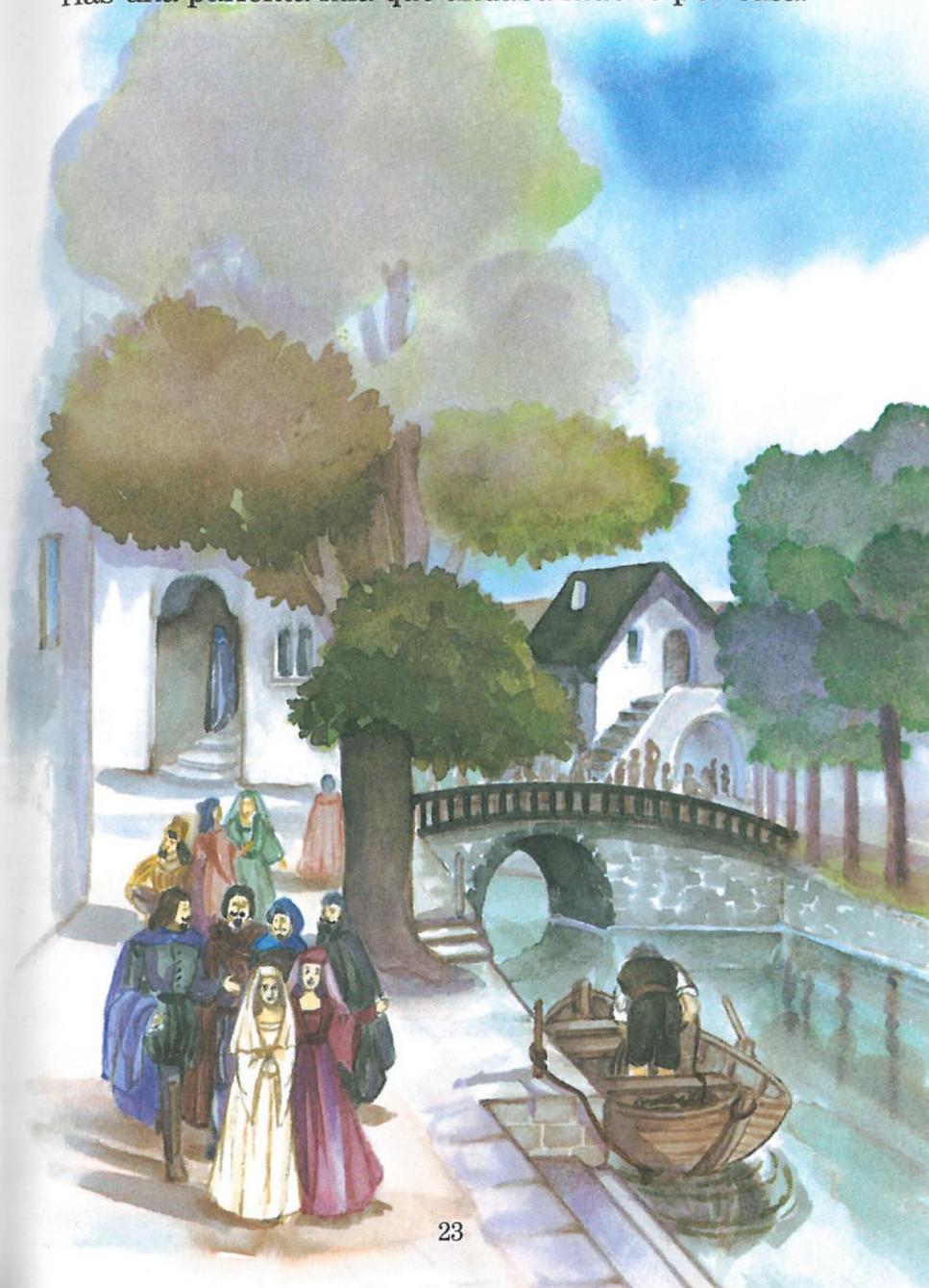
En mi libro "Vida" digo que me fascinaba tanto aquel tipo de lectura que, si no tenía libro nuevo, no estaba contenta. Tal era mi adicción que terminé escribiendo una novela junto con mi hermano Rodrigo. Pero lo que escribimos me dio mucha vergüenza y eché todo al fuego y tiré las cenizas al río.



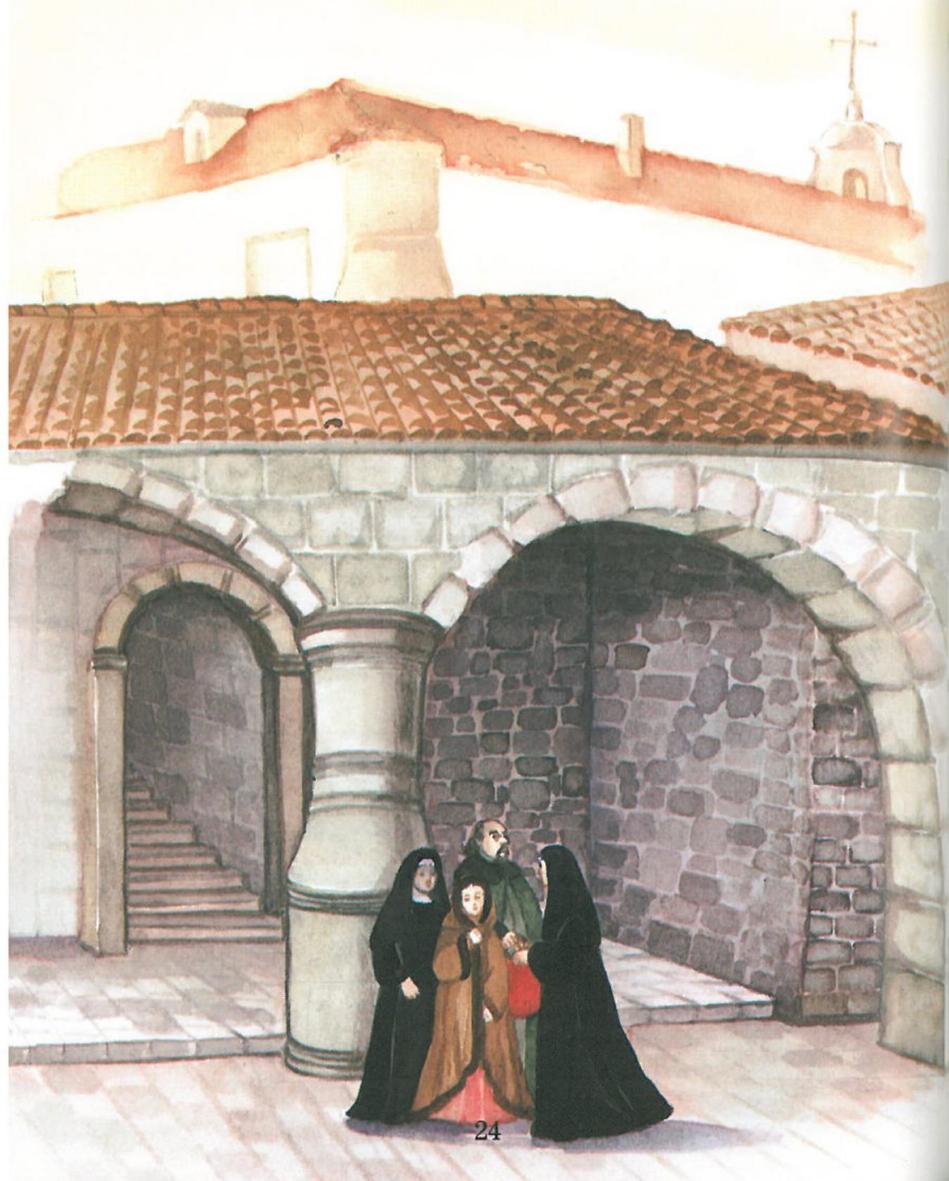
Me decía la gente que yo había heredado la belleza de mi madre. Y yo me lo creía; y me lo creía tanto que para que se fijasen en mí comencé a traer galas, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y colonias y todas las vanidades que podía tener, que no eran pocas. Ahora veo cómo era de vanidosa en aquella edad.



En aquel tiempo comencé a tontear con algunos primos hermanos. Andábamos siempre juntos. Me querían mucho. También me envolvió con sus tonterías una parienta mía que andaba mucho por casa.



Cuando llevaba unos meses entregada a todas estas vanidades, pasatiempos y flirteos, mi padre me internó en las Agustinas de Gracia, un convento de Ávila que todavía existe. Pasé muy mal los primeros días en aquel internado, hasta intentaba subirme por las paredes. Pero al cabo de sólo una semana me encontraba *“más contenta que en casa de mi padre”*.



Entré en el internado siendo de veras “enemiguísima de ser monja”. A pesar de esto me gustaba ver aquellas monjas tan buenas. La que más trataba con las internas era muy lista y prudente y hablaba muy bien de Dios y de las cosas santas. Se llamaba María Briceño. Yo la escuchaba con gusto y así poco a poco fui cambiando de ideas y sentimientos.

Se me fue quitando aquella aversión que tenía de ser monja. Estuve año y medio en aquel internado y mejoré mucho humana y religiosamente. Pedía a Dios que me muestre el camino que Él me había preparado. No deseaba ser monja, pero también temía casarme.



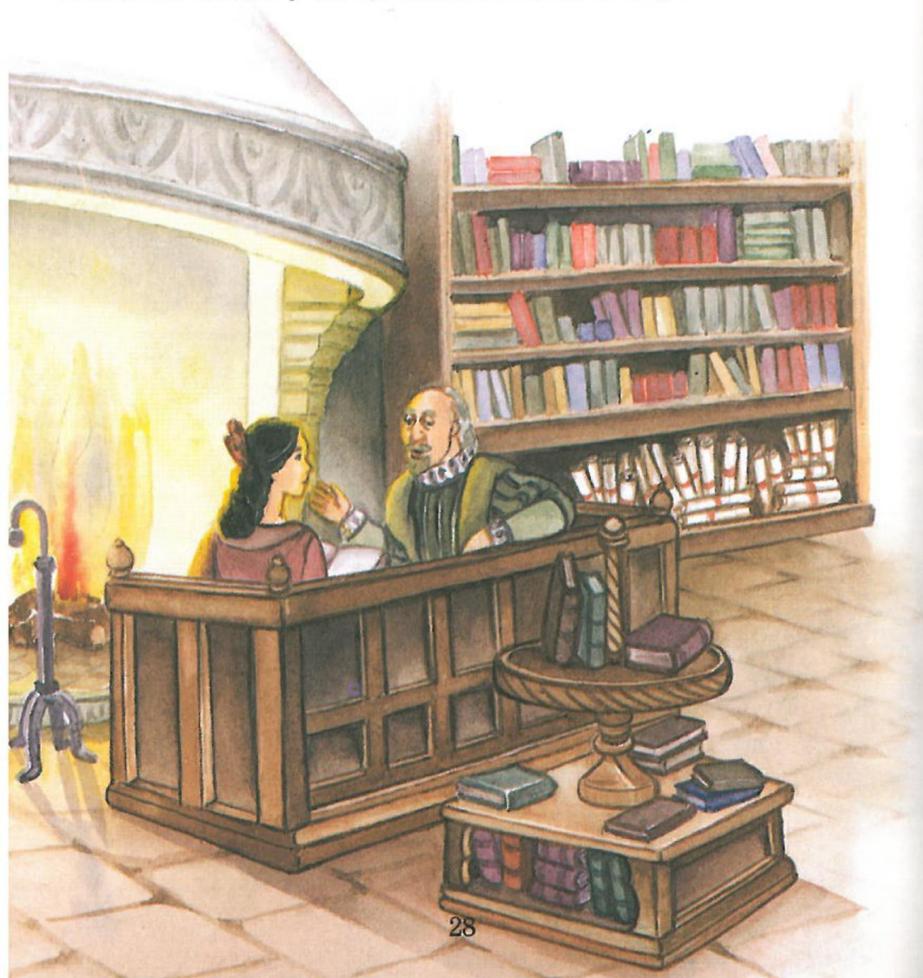
Ya ves qué complicada era. Y dale que dale, de vez en cuando me venían los pensamientos de ser monja, pero se me quitaban enseguida. Así nadaba entre dos aguas; y era como esas hojas que lleva el viento de una parte a otra y las devuelve al mismo sitio sin parar.

Me vino por entonces una gran enfermedad y volví a casa de mi padre. Cuando mejoré un poco me llevaron a Castellanos de la Cañada, la aldea donde vivía mi hermana María. De camino para casa de mi hermana fui a ver a un tío mío viudo, hermano de mi padre, que vivía como un santo en otra aldea llamada Hortigosa. Se llamaba Pedro y terminó metiéndose fraile jerónimo. Me detuve con él unos días. Tenía muchos libros. No hacía más que hablarme de Dios.



Como él tenía ya muy estropeada la vista, yo le leía lo que él deseaba. Aunque me aburrían aquellas lecturas yo le daba la impresión de que me gustaban mucho. Siempre fui así, queriendo dar alegría a los demás, aunque yo no la sintiese.

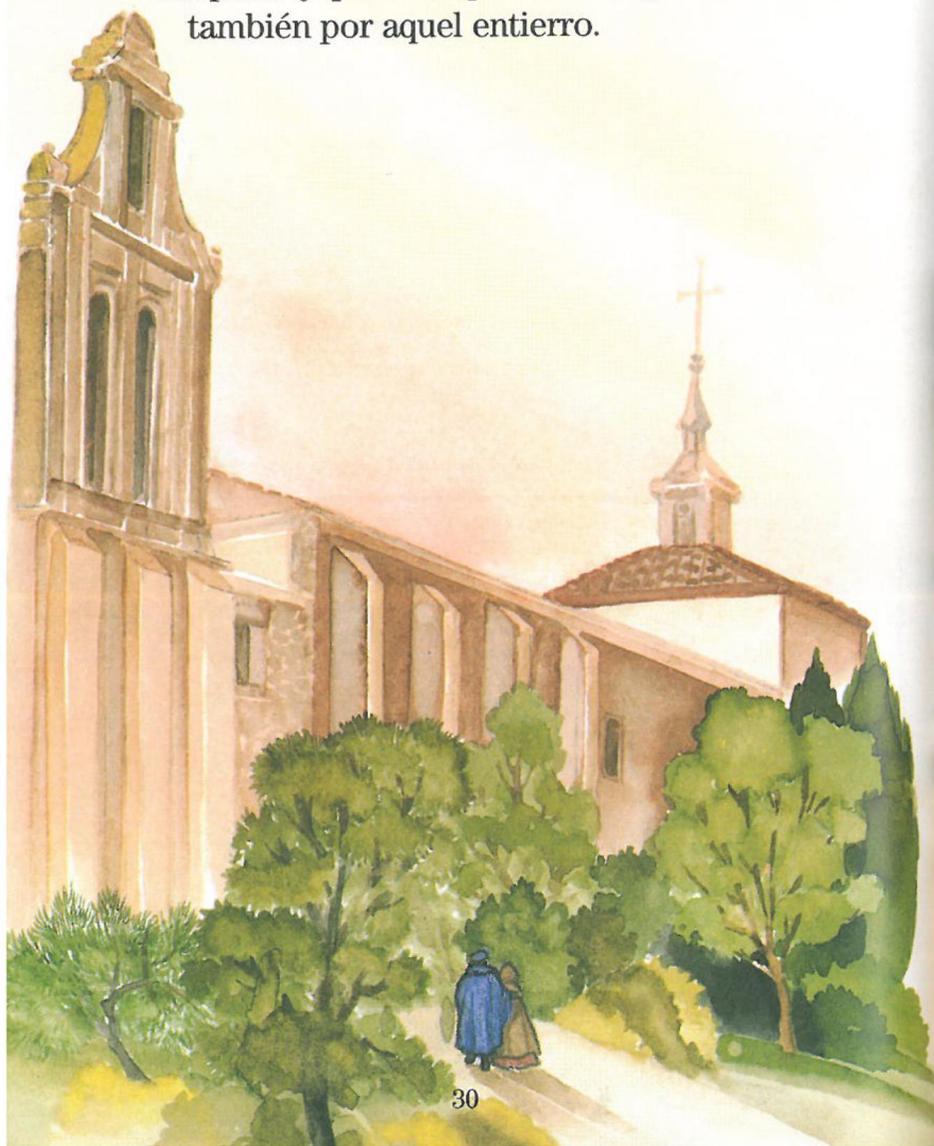
Aquellas lecturas, lo mismo que las palabras y la compañía de mi tío me hicieron mucho bien. Como lo digo en mi libro "Vida": *"vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en verdad"*. Así recuperé mi alma de niña y se fue abriendo camino en mí el deseo y la voluntad de ser monja.



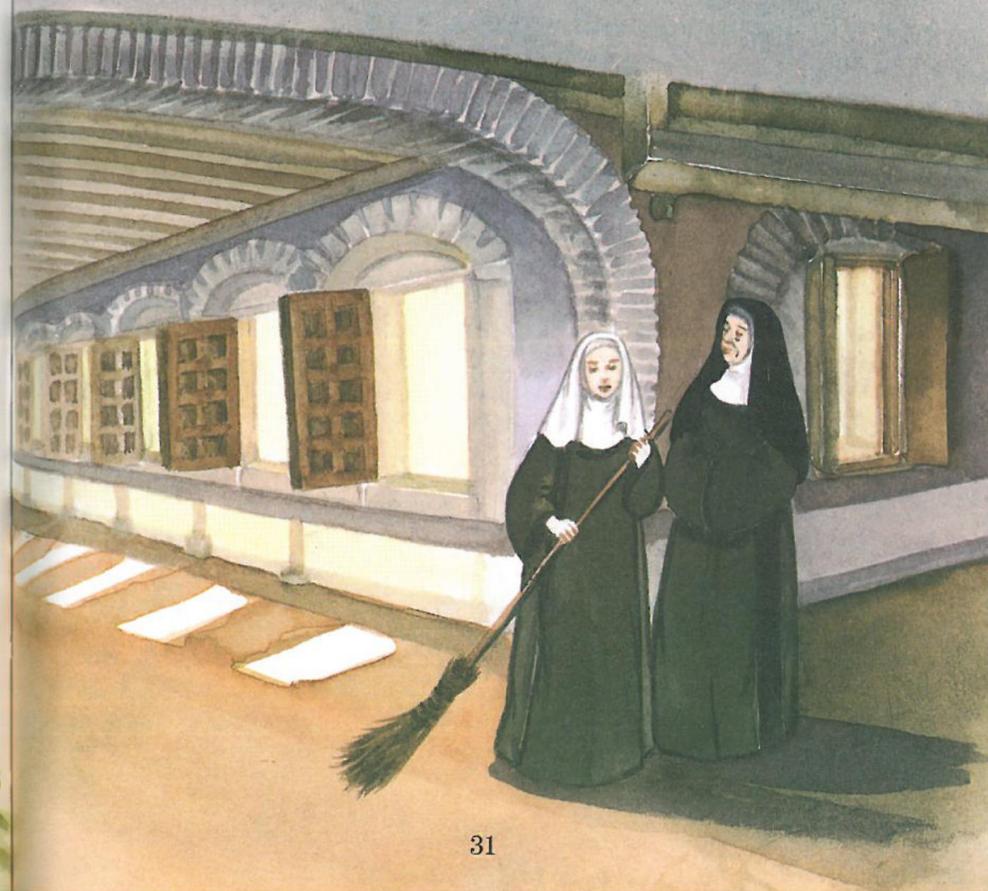
Pasé una batalla interior vocacional tremenda durante unos tres meses, discutiendo conmigo misma. La lectura de las "Cartas de San Jerónimo" me daba ánimo para seguir el camino de la vida religiosa. Me decidí a decírselo a mi padre. No lo pude convencer y me negó el permiso diciéndome que cuando él muriese que hiciese lo que me diese la gana.



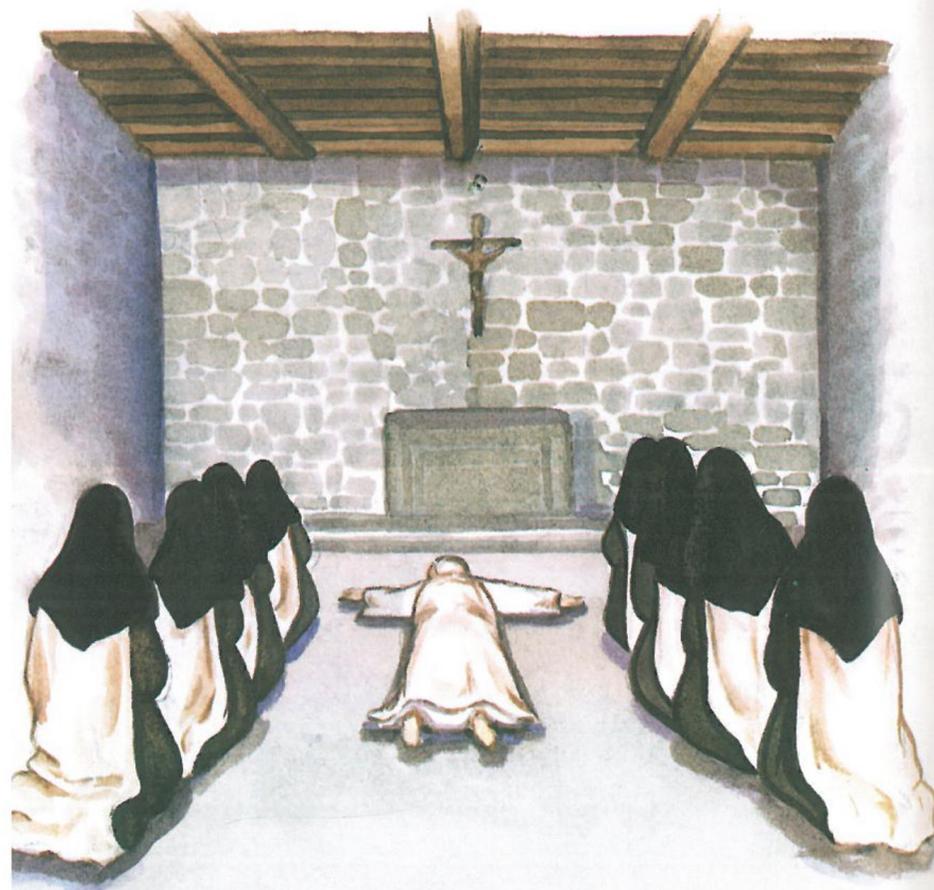
Convencí a otro hermano para que nos escapésemos de casa, él para hacerse fraile en los dominicos y yo, monja en las carmelitas del monasterio de La Encarnación, donde tenía una amiga. Así, nos fuimos de casa el 2 de noviembre de 1535, cuando las campanas tocaban a muerto por ser el día de Difuntos. Yo quería morir al mundo y a tantas vanidades que me habían atrapado y parecía que las campanas tocaban también por aquel entierro.



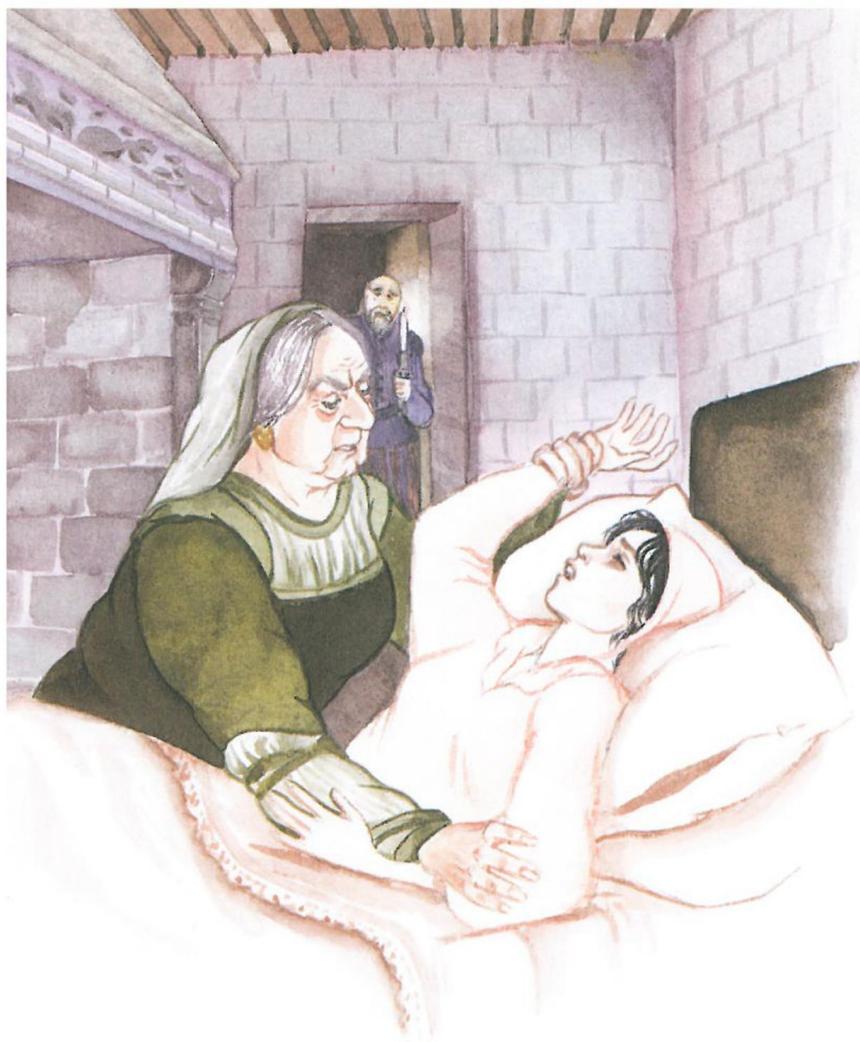
No llevaba todavía una hora en el convento cuando me dio una alegría tremenda de ser monja, y ya nunca se me quitó. Cuando andaba meneando la escoba y barre que te barre los claustros larguísimos del convento, me acordaba de los años anteriores en que estaba metida en tantas vanidades y diversiones. Ante el contraste me admiraba y me reía de mí misma.



Llegó el día de mi profesión el 3 de noviembre de 1537. Profesé con toda mi alma y rebotante de alegría.

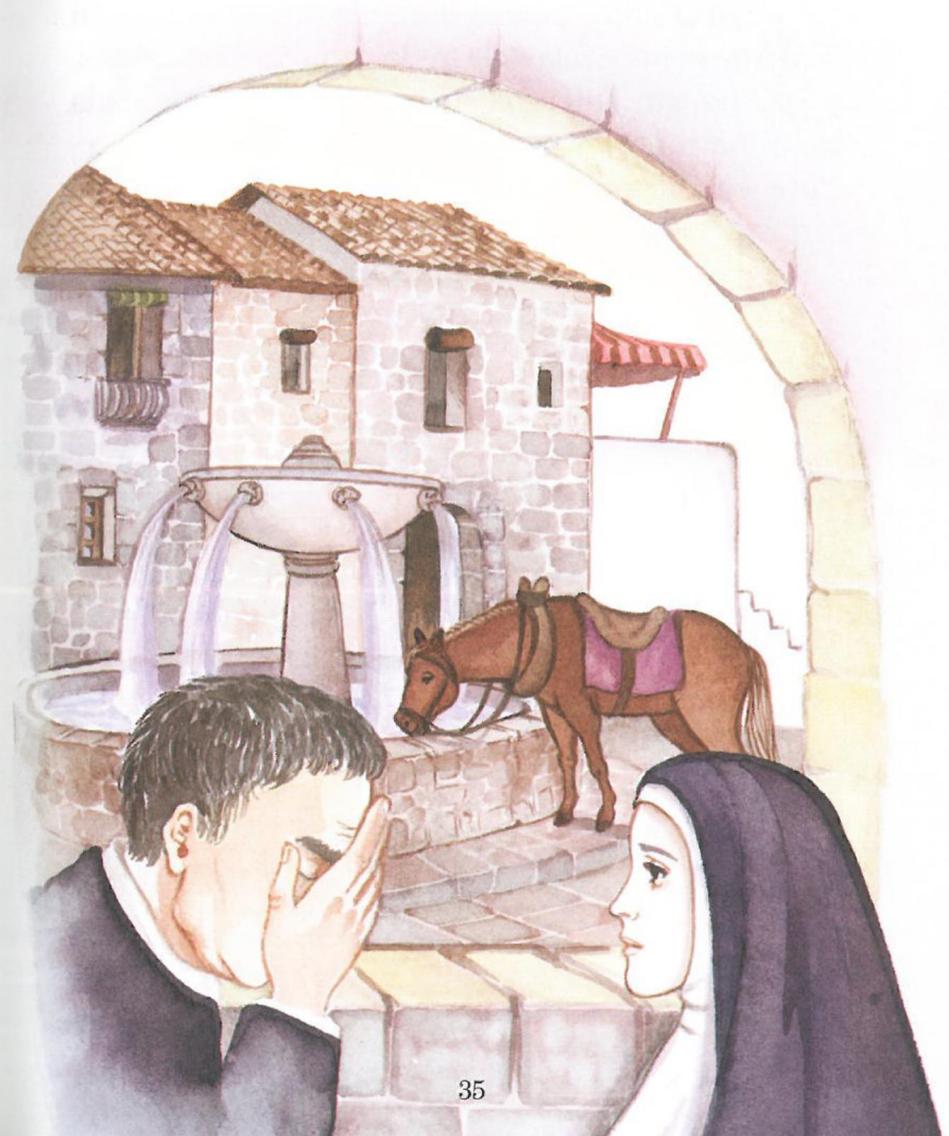


Aunque estaba tan contenta, el cambio de vida y de alimentación me afectaron en mi salud. Me daban grandes mareos y un mal de corazón que tenía asustados a cuantos me veían. Mi padre, que poco tiempo después de mi fuga había hecho las paces conmigo, estaba muy preocupado. Como los médicos de la ciudad no encontraban ningún remedio él se empeñó en llevarme a Becedas, a unos 80 kilómetros de Avila, donde había una curandera que tenía fama de sanar toda clase de enfermedades. Estuve casi un año fuera del convento, de los cuales nueve meses en casa de mi hermana esperando el tratamiento, entregada a la lectura y a la oración.



Después pasé unos tres meses en Becedas. No sé cómo pude aguantar las terribles curas a que me sometía aquella mujer. Las aguanté, sí, pero a los dos meses las medicinas me habían casi quitado la vida y mi enfermedad del corazón empeoró de manera insoportable; *“me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia.”*

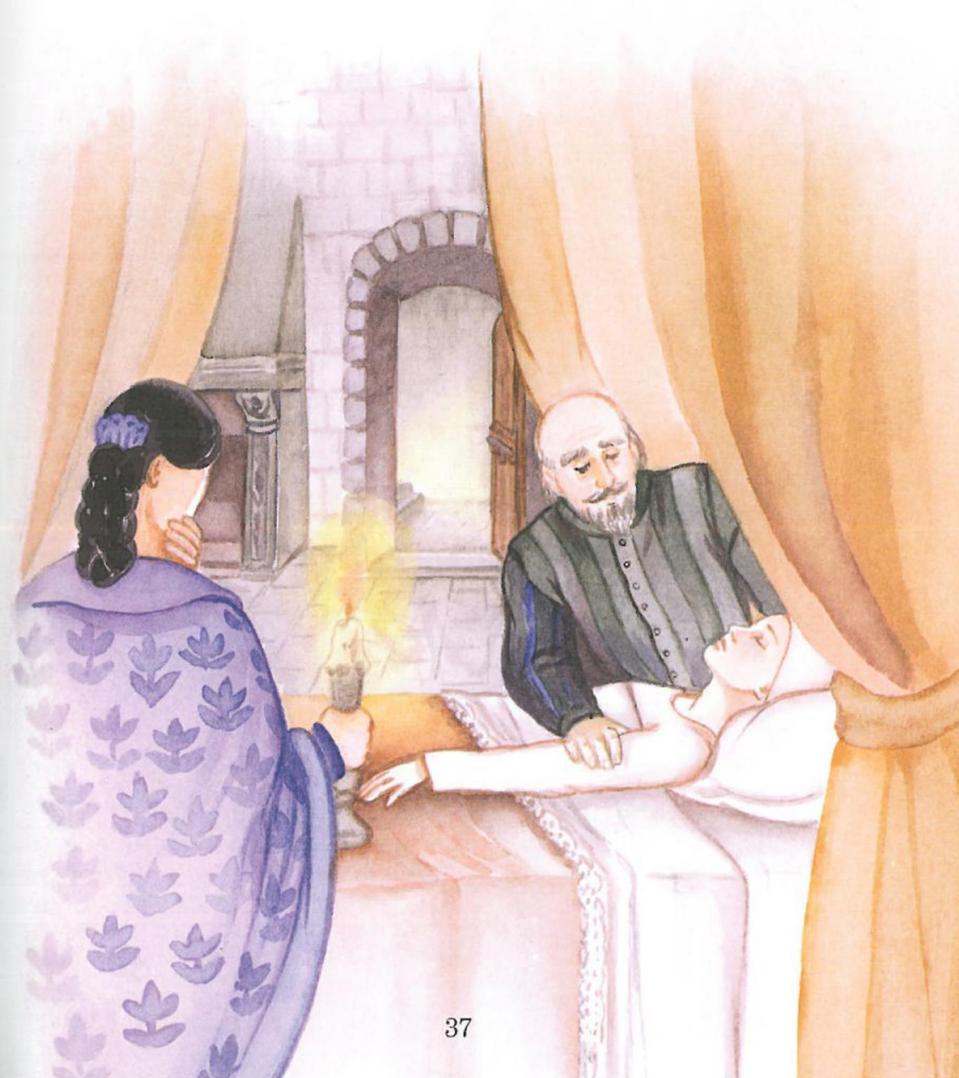
Durante mi estancia allí ayudé a recuperarse al cura del lugar que tenía perdida la fama y la honra por su trato incorrecto con una mujer. Se arrepintió, cambió de vida y murió en la paz del Señor. ¡Qué alegría me dio aquel triunfo de la gracia del Señor!



Como me puse más enferma que a mi llegada, mi padre me regresa a Avila. Los médicos de la ciudad que me volvieron a ver me desahuciaron y además diagnosticaron que estaba tísica. Lo peor eran los dolores irresistibles que tenía desde los pies a la cabeza. ¡Qué retablo! Y así tres meses. Llegó la fiesta de la Asunción y mi padre no me dejó confesarme. Aquella misma noche me dio un paroxismo que me tuvo en coma unos cuatro días, me dieron la Unción de Enfermos, me decían el Credo y muchas oraciones, pero yo no me enteraba de nada; creían que cada minuto iba a ser el último. Ya habían abierto la sepultura en mi monasterio de La Encarnación para enterrarme. Volví en mí y enseguida me confesé.



Luego quedé tan maltrecha que sólo Dios puede saberlo: *“me sentía descoyuntada, encogida como un ovillo, sin poder mover ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, sólo un dedo de la mano derecha. Creo que era peor que la muerte”*.



Así me llevaron al convento en este mal estado que perduró ocho meses más; y el estar tullida casi tres años. Cuando comencé a andar, a gatas como los bebés, alababa a Dios. Puedo decir que lo soportaba todo con gran alegría. Viéndome cómo me veían tan tullida y siendo todavía tan joven y viendo cómo me habían puesto los médicos de la tierra, se me ocurrió *“acudir a los del cielo para que me sanasen”*, pues pensé que serviría mucho más a Dios estando sana. *“Tomé por abogado y señor al glorioso San José y encomendéme mucho a él”*. Este santo bendito me escuchó e hizo que pudiese levantarme, moverme, caminar.



¡Qué alegría, Dios mío! Por este favor y otros muchos que me hizo me convertí en apóstol y propagandista de la devoción a este glorioso santo.

Sana de cuerpo y repleta en el alma de innumerables mercedes del Señor, caí en otro abismo: me enfrié y comencé a dejar la oración y hasta cogí miedo a tratar por ese camino con Dios.



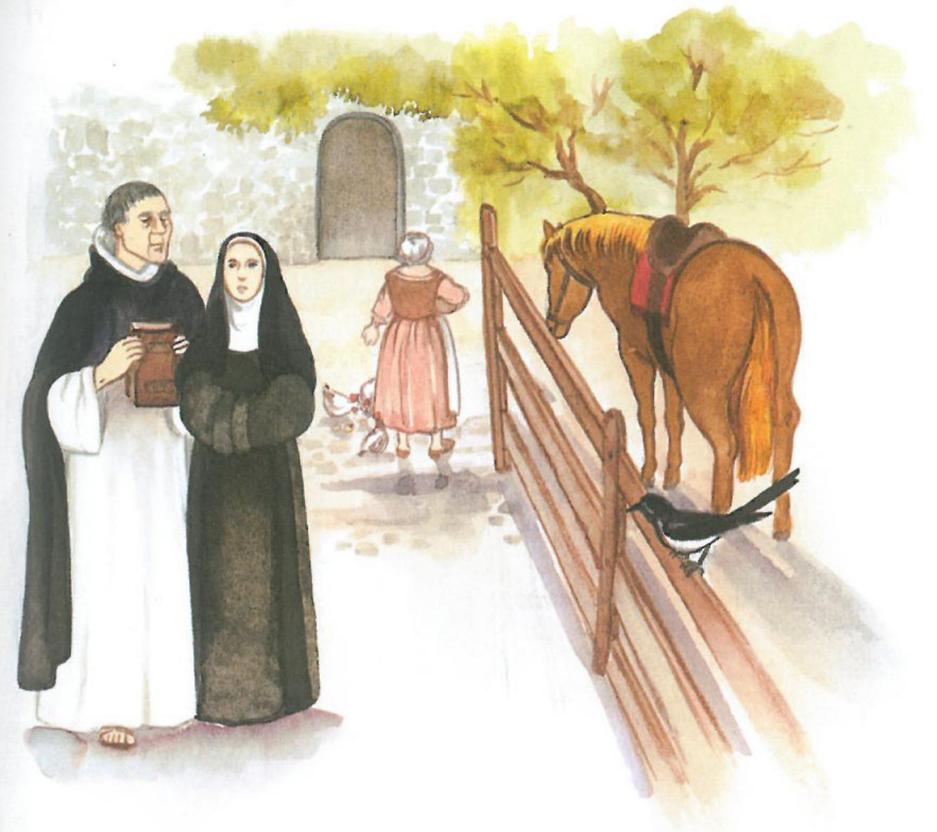
Aceptaba entrevistarme con cualquier persona del exterior en los locutorios del convento perdiendo miserablemente el tiempo. Esta situación no agradaba al Señor y me lo hizo sentir. Pero yo seguía malgastando el tiempo en aquellas conversaciones vanas. No hacía caso de los buenos consejos que me daban algunas personas que me querían bien. Pero desde que volví al convento medio muerta me gustaba dar buenos consejos a los demás y enseñarles a hacer oración.



Hasta catequicé a mi padre y se hizo un hombre de oración. A mí me remordía la conciencia de haberme metido a enseñar oración a otras personas cuando yo la tenía tan abandonada, como dice el refrán: “consejos vendo y para mí no tengo”.

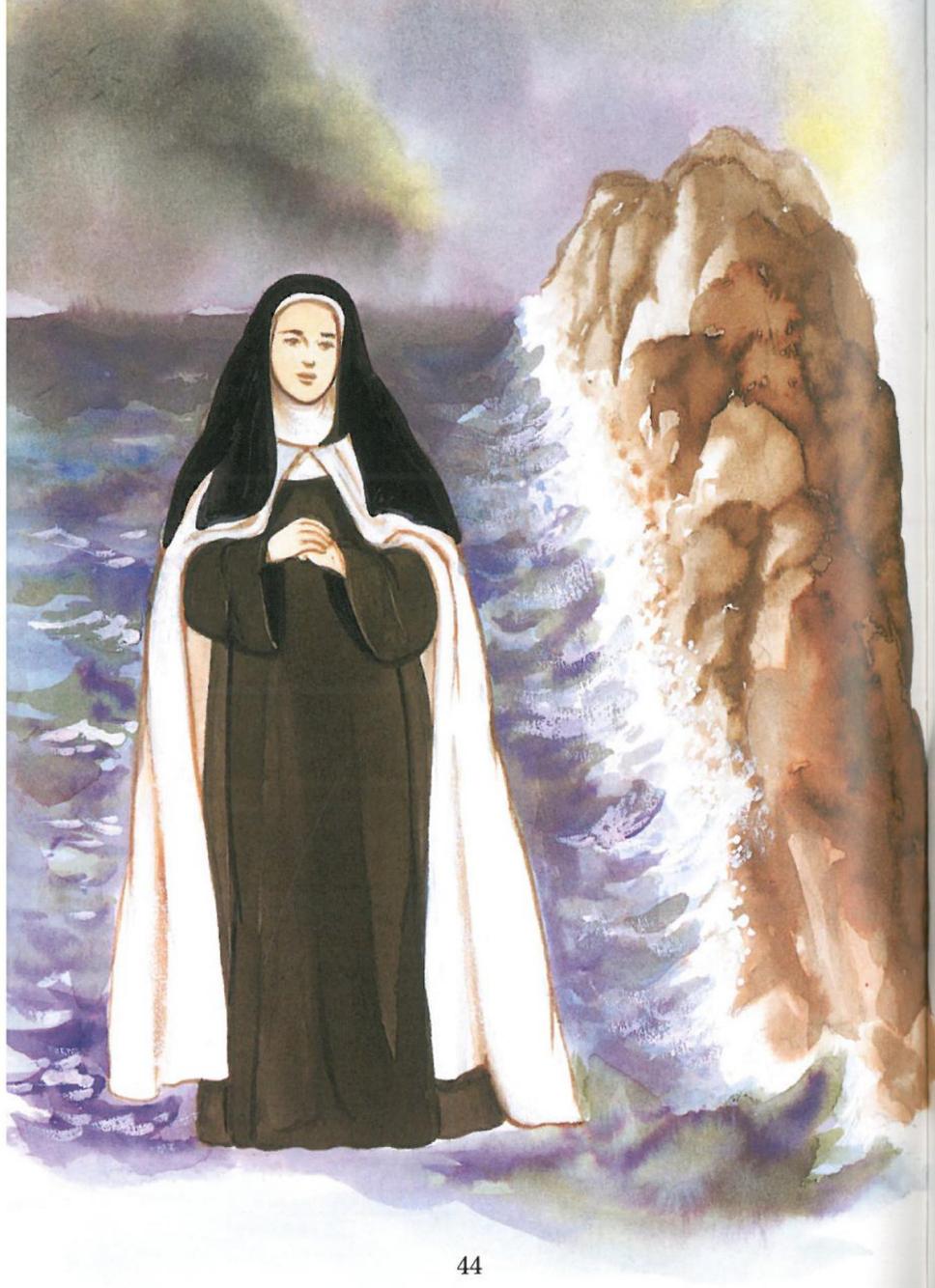
Un día hablé a mi padre, y traté de justificarle mi abandono de la oración: mi falta de salud, quehaceres, etc., él se lo creyó; pero después ya no estaba tanto conmigo. Decía que era tiempo perdido.

Mi padre cayó enfermo y salí del convento para curarle. Como le quería tanto, me parecía que se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida. Próximo a la muerte, después de recibir la Unción de Enfermos, nos bendice y nos pide orar por él. Así murió a la mitad del Credo que él mismo recitaba con gran fe, esperanza y amor.



El confesor de mi padre era el dominico P. Vicente Barrón. Me confesé yo también con él. Trató de orientarme lo mejor posible, reprochándome mi conducta e insistiéndome en que no abandonase la oración. Y desde entonces nunca más la dejé, pero tampoco dejaba las ocasiones y pasatiempos inútiles que me impedían caminar adelante.

Viví muchos años con esa batalla interior. Ni era de Dios del todo, ni del mundo. Tenía una fe tibia, "*ni carne ni pescado*".



Sin embargo, Dios me hacía muchísimos favores. "*¡Sea bendito por siempre jamás. Amén!*". Y es que en medio de mis ingratitudes y faltas me salía del alma mil veces esa bendición y alabanza al Señor, que tuvo tanta bondad y paciencia conmigo. La vida tan rara que llevé durante casi veinte años la llamo en mi libro "Mar Tempestuoso". Además de las tempestades, aquello fue una guerra penosa que no sé cómo pude aguantar un mes, cuánto más tantos años.

La verdad es que en esos años sí que tenía grandes ratos de oración; pero la batalla de tratar con Dios y con el mundo y no poder armonizarlos me duró cerca de 18 años.

Lo que sí me iba quedando cada vez más claro era el gran bien de la oración para quien la quisiera vivir. Yo me admiro de cómo se ha ido conservando y difundiendo la idea, la noción, de oración que dejé escrita en el cap. 8 de mi "Vida": "*no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con Quien sabemos nos ama*". Desde que me entregué de verdad a vivir esa amistad con Dios y con Cristo fui mejorando porque no hay alegría ni tesoro más grande que una buena amistad, y la amistad con Dios y con Cristo es algo extraordinario. Fue algo que llenó mi vida de sentido.



Ahora te quiero contar lo que me pasó un día. Entré una vez en un oratorio del convento. Vi allí una figura de Cristo muy llagado que habían traído para una fiesta. Era una imagen que infundía tanta devoción “que, en mirándole, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros”. Me eché a sus pies y no hacía más que llorar por mis ingratitudes y pecados. Le pedí que me hiciese fuerte para no ofenderle más. Y le di un ultimátum en ese sentido. Aquella oración decidida y aquel arrepentimiento me valió mucho y fui mejorando en mi conducta y en mi vida de oración, es decir, en el cultivo de la amistad. Esta escena ante el Cristo llagado y el cambio que se operó en mi vida es lo que se llama “mi conversión”.



La lectura de las “Confesiones” de San Agustín me ayudó mucho en este cambio. Cuando supe que San Agustín fue pecador, aumentó la devoción que le tenía.

Al leer su conversión contada por él mismo, me pareció que el Señor me estaba llamando también a mí a ese gran cambio de rumbo como lo hizo Agustín.

*“¡Sea el Señor alabado que me libró de mí!”*

Me volví al Señor con todo ánimo y energía y el Señor me recompensó.

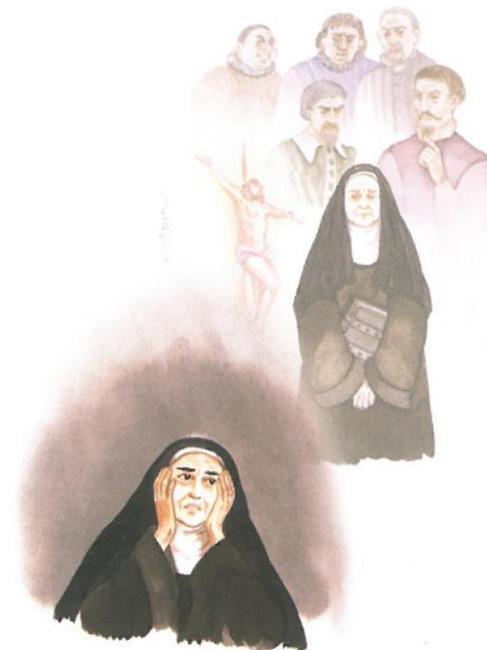
En el trato con Dios me sucedían cosas que yo no entendía y quise que alguien me las aclarase. Lo traté con dos personas, un cura y un seglar, y, al final, me dijeron que todo aquello que me pasaba eran engaños del demonio. ¡Qué pena la mía!

Me aconsejaron no obstante, que tratase mi caso con un jesuita. Sin embargo, este joven jesuita llamado Cetina me animó mucho a continuar con la oración y a cultivar mi amistad con el Señor que podía tener grandes planes para mí.

En 1554 pasó por Avila el que sería san Francisco de Borja. Hablé también con él y me alegré mucho de que me dijese que podía estar tranquila, que acogiese con agradecimiento todas las gracias que Dios me daba en abundancia.



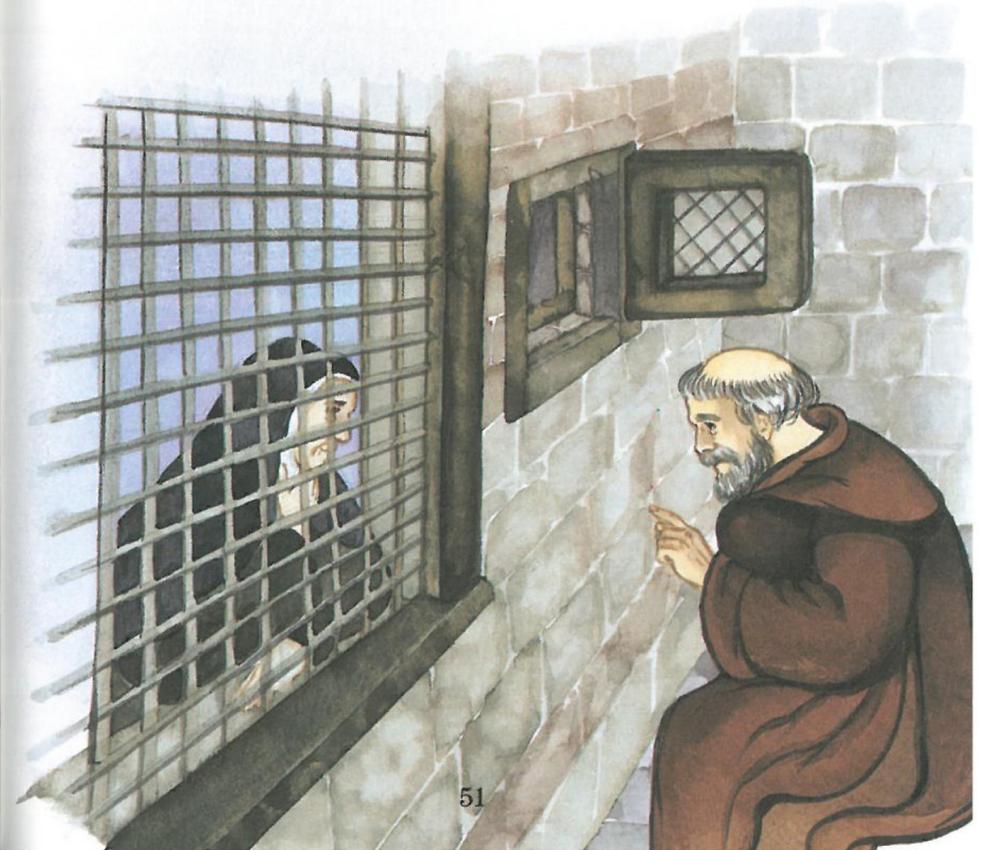
Traté también con otro jesuita que me ayudó muchísimo, se apellidaba Prádanos. Sus buenos consejos me libraron de mis imperfecciones y otorgaron una gran libertad interior. Aquel susto que me provocaron tiempo atrás Daza y Salcedo, al decir que el demonio me estaba engañando, volvió a mí otra vez cuando otros cinco juntos me dijeron lo mismo (luego fueron seis): que era víctima del maligno. Así iba pasando mi vida. No me faltaba para nada la ayuda del Señor que me conocía mejor. Con la ayuda de Dios se me quitaba el miedo y aumentaba mi confianza en Él. Oía su voz, que me decía unas veces: *“no temas”* y se me quitaba el miedo inmediatamente. Otras me susurraba: *“yo cumpliré lo que te he prometido”*. En otras ocasiones me susurraba: *“Yo te daré libro vivo”*. Y ese libro vivo era Cristo mismo; libro que suplía maravillosamente bien los libros que me habían quitado los hombres en 1559.



Además de oír la voz del Señor también le veía, de una manera misteriosa que no es fácil de explicar, pues no le veía con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del alma, le sentía, le percibía, sabía que era Él el que me hablaba. Se me representaba casi siempre resucitado. Se me aparecían también santos como San Pedro y San Pablo, etc. El sexteto que seguía creyendo que todo aquello era cosa del demonio me mandó que cuando se me apareciese el Señor me burlara de él para alejar al diablo disfrazado de Cristo. Esto me costaba tanto, pero traté de obedecer. Nuestro Señor se enfadó por aquellas órdenes tan raras y me dijo *“que les dijese que ya aquello era tiranía”*.



En este tiempo en que me sentía tan angustiada por todas estas cosas llegó a Avila un gran santo: Pedro de Alcántara, un franciscano. Era un hombre muy austero y penitente. En mi “Vida” hice algo así como un retrato de él que gusta mucho a quien lo lee y dicen que acerté a describirlo divinamente. Me entrevisté con él, le conté mi vida, los fenómenos especiales o extraordinarios que me pasaban, las voces del cielo que oía, las cosas que veía, etc. El santo me dio luz en todo y me dijo *“que no tuviese pena, sino que alabase a Dios”* y estuviese tranquila, que hiciese mi oración como antes y que no dudase de que era Dios quien intervenía de aquella manera en mi vida. Se me ensanchó el alma viendo además que me entendía por experiencia. ¡Bendito sea Dios!

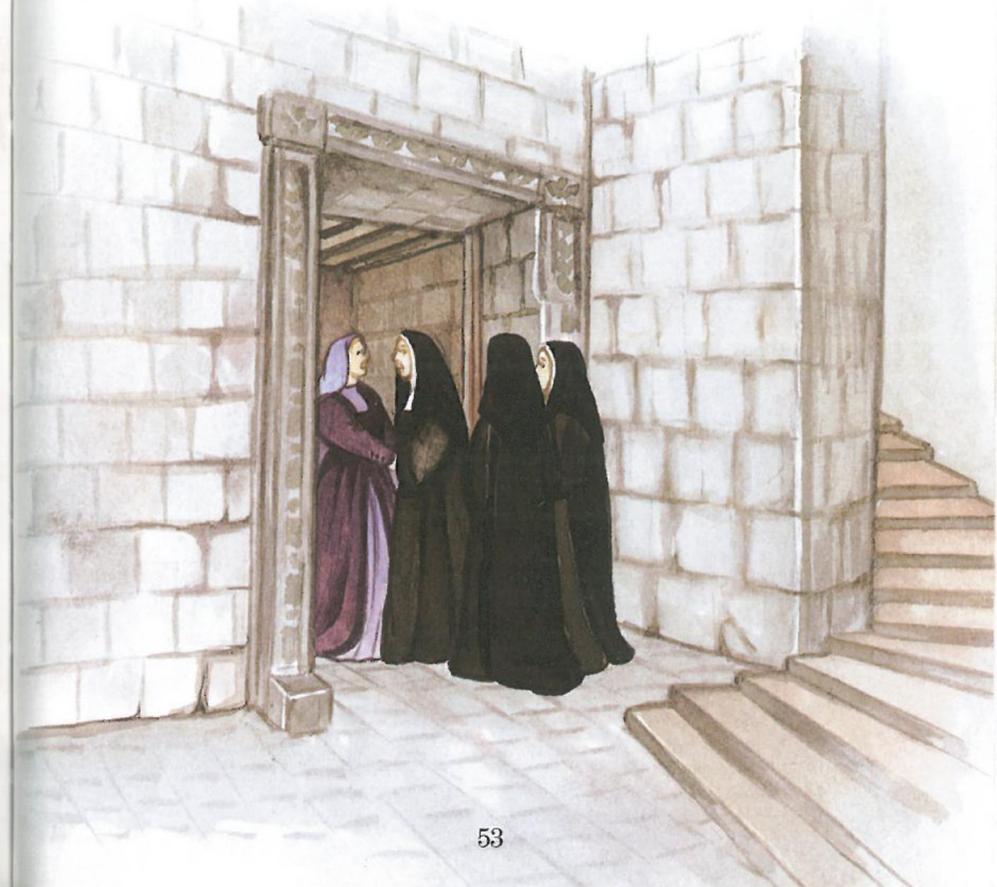


Llevaba ya tantos años en el convento, aunque tenía que salir tantas veces de él, cuando un buen día estábamos unas cuantas en mi celda hablando de lo bueno que sería ser monjas de las que se llamaban descalzas en las diversas Ordenes y fundar un convento a propósito. A mí aquello me pareció estupendo.



Comencé a darle vueltas en la cabeza, a encomendarlo a Dios y a tratarlo con una señora amiga mía que se llamaba Guiomar de Ulloa. Esta señora me ofrecía ayuda material y me animaba espiritualmente.

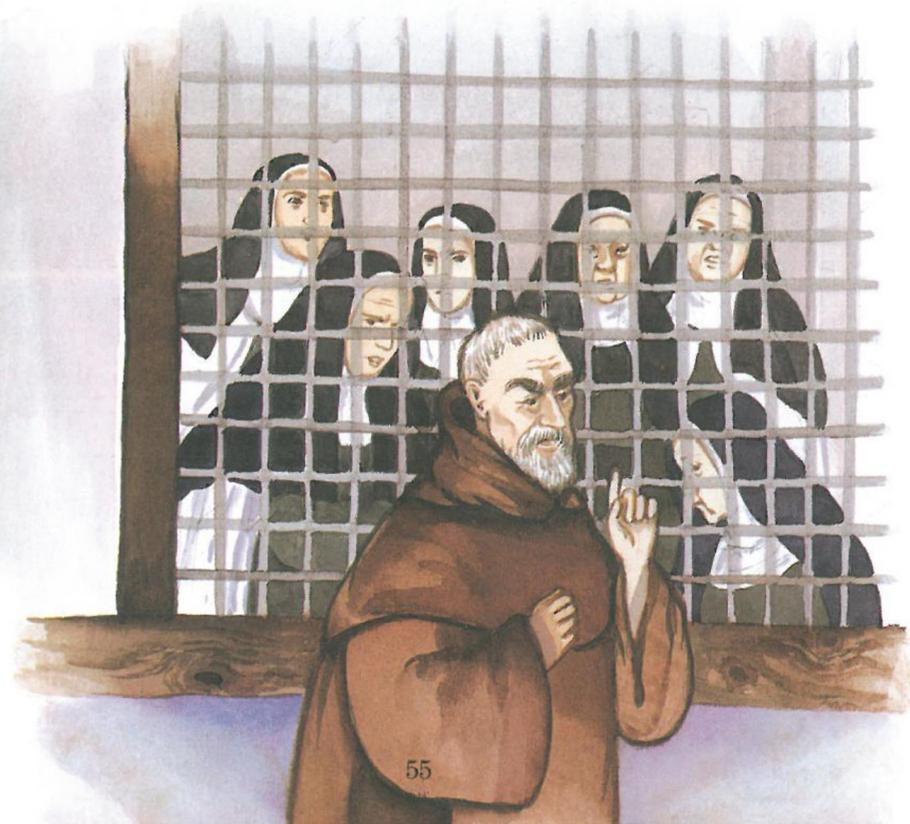
En estas estábamos cuando el Señor me hizo saber que debía hacerlo, que el convento que quería levantar se llamase de San José. Yo me hacía un poco la sorda porque en La Encarnación estaba muy contenta, teniendo una celda muy buena y espaciosa. El Señor me lo volvió a mandar y tuve que decírselo a mi confesor. También escribí a Pedro de Alcántara, que me animó para que llevase adelante el asunto.

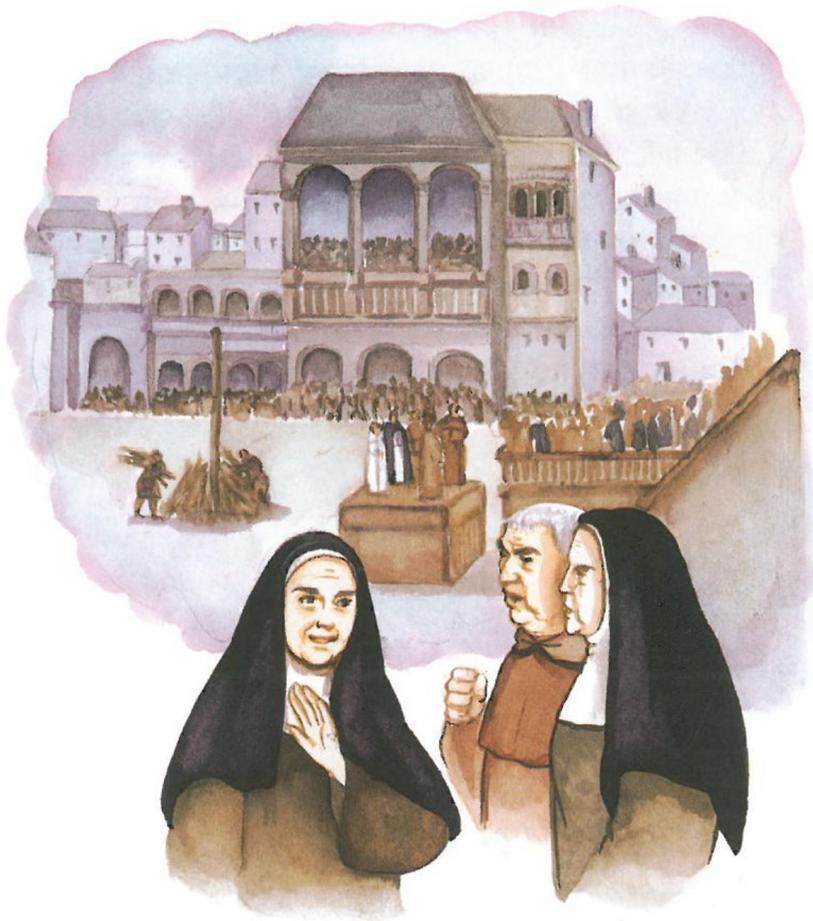


Al Provincial mío le pareció muy bien y dio su visto bueno. Cuando la noticia de lo que se pretendía saltó al público de Ávila, todo el mundo echó a reirse, a hacer chistes, a decir que era un disparate, que si estaba loca.



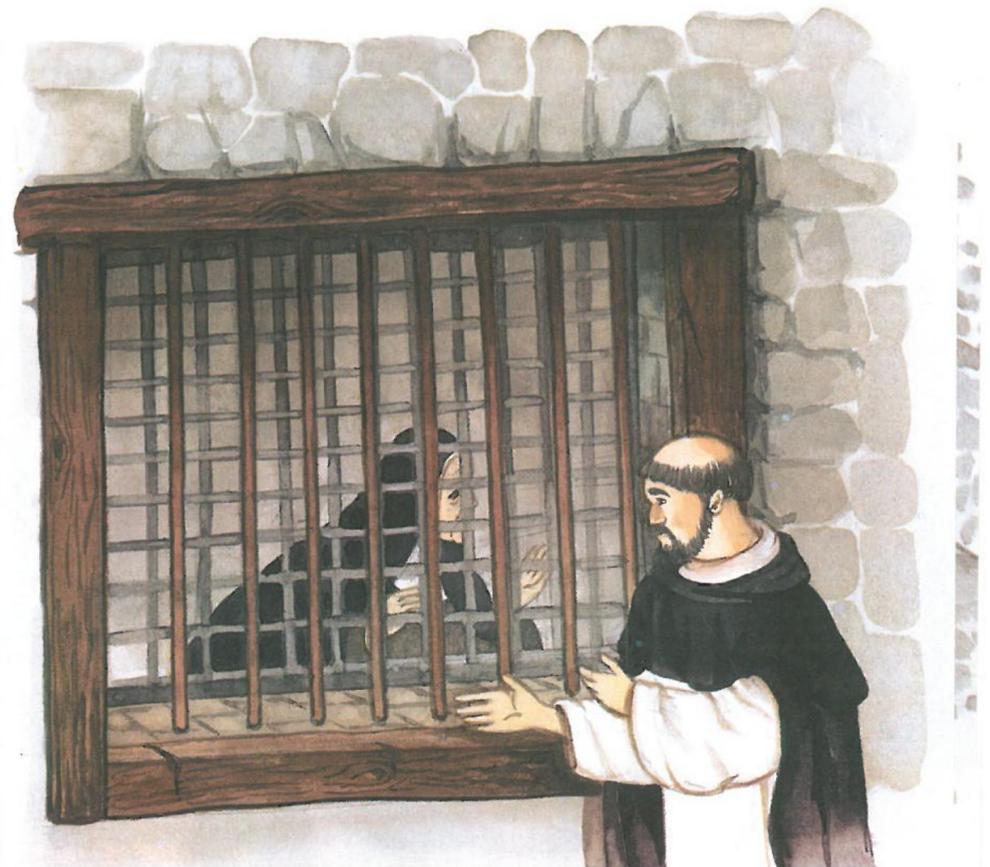
Lo consultamos con un dominico muy preparado y sabio, y él, bien informado de todo, dijo que siguiésemos adelante. La vispera de firmar las escrituras para la compra de la casa que serviría de convento, el Padre Provincial ante aquel alboroto ciudadano, y viendo también cómo se revolvían contra la idea y contra mí las monjas de mi mismo convento, cambió de opinión. Así que quedó todo parado y siguió la bola que todo había sido un disparate de mujeres.





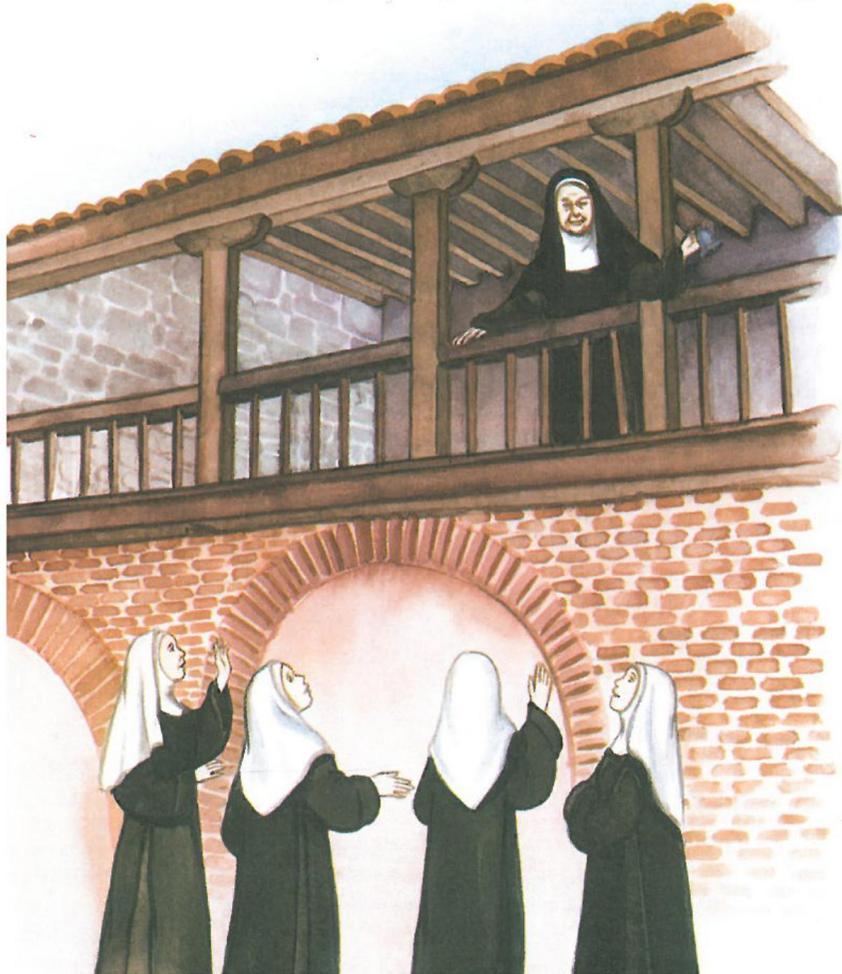
En La Encarnación me amenazaron con meterme en la cárcel conventual y me insultaban. También mi confesor me reprochó que era una soñadora, ilusa, armadora de todo aquel escándalo y barullo, etc. Esto me dolió más que nada. Alguien llegó a decir que me tendrían que llevar a la Inquisición. De esto me reí y dije que no tenía ningún miedo, que si yo viese en mí algo merecedor de ir a aquel tribunal, que iría, voluntariamente, por mi pie.

En todo este revuelo, el padre dominico me seguía atendiendo, ayudando y animando mucho. Lo mismo hacía nuestro Señor en lo íntimo de mi conciencia. Yo tranquila y callada sobre el asunto durante cinco o seis meses. Las cosas comenzaron a cambiar. Mi confesor me dijo que volviese a ocuparme de la fundación que pretendía. El Señor me aseguraba mayormente y me empujaba a hacerlo. En agosto de 1561 se me apareció Santa Clara en el día de su fiesta y me dijo que ella me ayudaría, que fuese adelante. También recibí ánimos de parte de la Virgen María y de san José bendito.





Pasadas todas estas tormentas y otras que cuento en mi "Vida", el día 24 de agosto de 1562, se inauguró el conventito de San José. Allí estaba yo con mis cuatro novicias más contenta que unas castañuelas. La cosa fue muy simpática. Se anunció la inauguración a toque de campana, pero ¡de qué campana!. No se trataba de ningún carillón, sino de una campanita que yo había comprado y que había salido defectuosa de la fábrica. Por eso me la dieron con mucha rebaja. Tenía la pobre un agujerito y cuando sonaba daba pena como si estuviese asmática y carrasposa. ¡Qué risa, y qué alegría!



Todo iba muy bien, cuando a las pocas horas se alborotó toda la población. Comenzaron a gritar y a decir que había que deshacer el convento. Pero ¿qué daño habíamos hecho? A mí me vino una intranquilidad interior tremenda como si hubiera hecho algo malísimo.



La Priora de La Encarnación me mandó a llamar y tuve que ir a dar explicaciones. Se fueron calmando, lo mismo que el Provincial que poco antes me había dado una “*gran reprensión*”. Pero los de la ciudad, con sus autoridades al frente, no dejaban en paz al monasterio. Parecía la guerra.



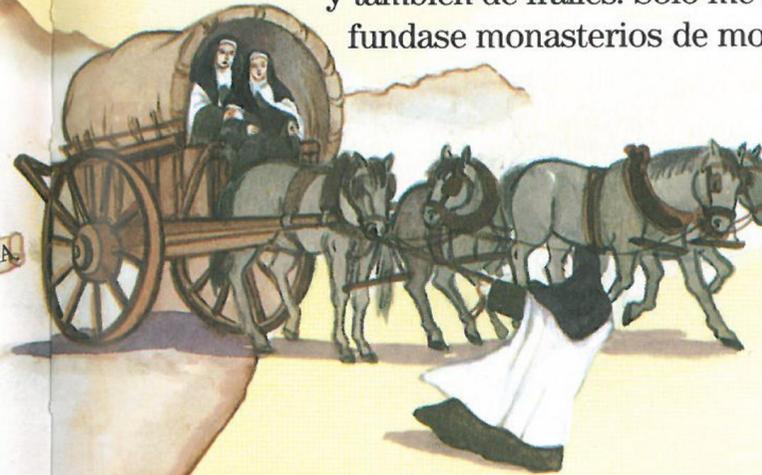
Pero al fin alcanzamos la paz. Volví a mi conventito de San José y allí pasé los mejores años de mi vida en compañía de aquellas monjas tan buenas y fervorosas. Teníamos que trabajar para ganarnos la vida. Eramos muy pobres, pero muy alegres. Le di también mucho a la pluma escribiendo mi “Vida”, “El Camino de Perfección” para mis monjas y no sé cuántas cosas más. El Obispo de la diócesis, don Alvaro de Mendoza, nos quería y ayudaba mucho. Era muy bondadoso y bien preparado.



Un buen día, debió ser en 1565, cayó por el convento un misionero franciscano que venía de las Indias. Era muy fogoso. Nos echó una plática y nos dejó a todas enfebrizadas para pedir por la conversión de los indios.



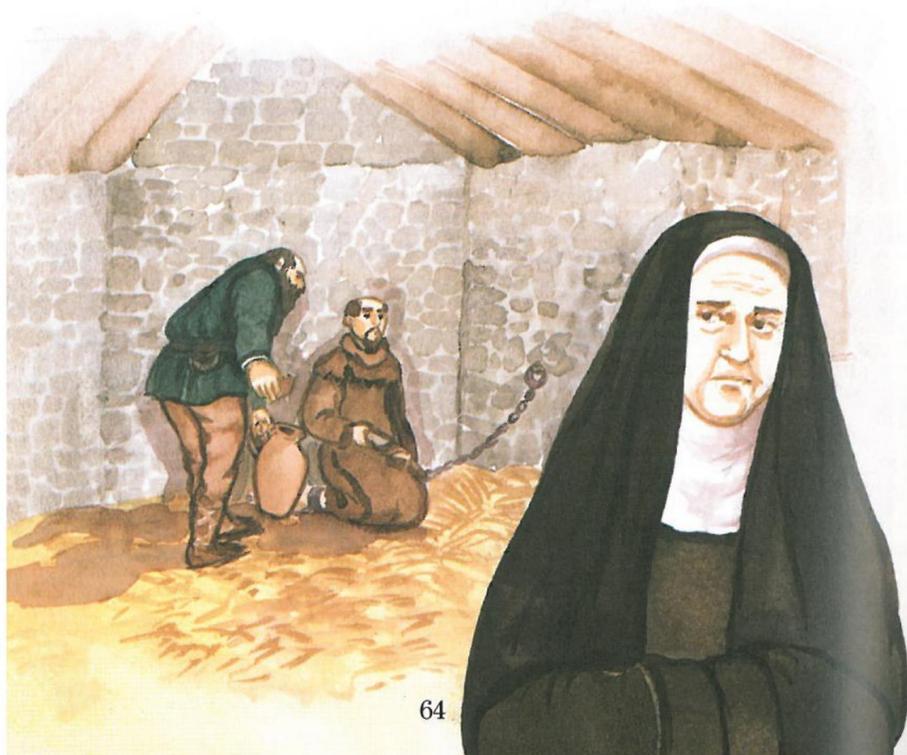
Aquello me hizo una impresión tremenda. De este nuevo impulso espiritual y misionero fueron tomando alas otros de mis proyectos y así comencé a pensar en fundar otros conventos. En 1567 vino a Ávila el Padre General de la Orden de los Carmelitas. Estuvo en casa; le hablé, le pedí muchas cosas, pero sobre todo que me dejase fundar más conventos de monjas y también de frailes. Sólo me concedió que fundase monasterios de monjas.



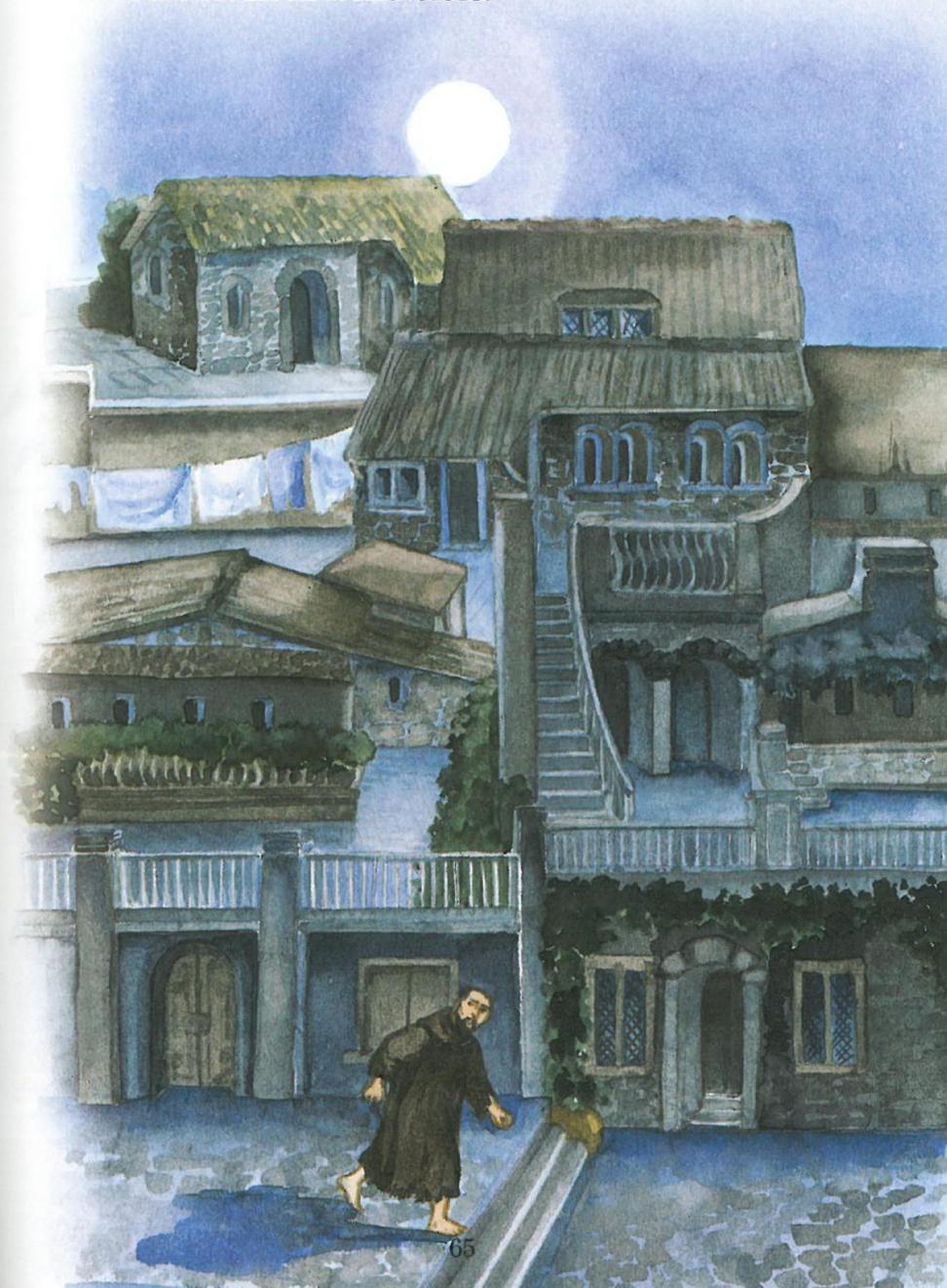
Así, pues, comencé a fundar ya en ese mismo año de 1567. Y se fueron sucediendo a lo largo de esos años (1567-1582) las fundaciones de Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas de Segura, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos. El P. General me dio licencia en agosto de 1567 para fundar conventos de frailes. El primero que se abría estaba perdido entre las encinas de un lugarejo de la provincia de Ávila, que se llamaba Duruelo.

Fue el fundador de ese conventito mi padre San Juan de la Cruz que, ahora es, y antes que yo, Doctor de la Iglesia. ¡Qué hombre más grande, y eso que era bajito!. Yo le llamaba mi Séneca, por lo sentencioso y lo listo que era. También le llamé hombre celestial y divino. Y lo era. Anda por aquí siempre metido en Dios, mucho más que cuando estaba en la tierra.

No es posible contarte los casos y cosas que me sucedieron, los obstáculos que me ponían a veces en las fundaciones. Con la ayuda de Dios salía siempre adelante. Las peleas con algunas jerarquías también fueron buenas a veces; menos mal que todo se hacía por Dios.



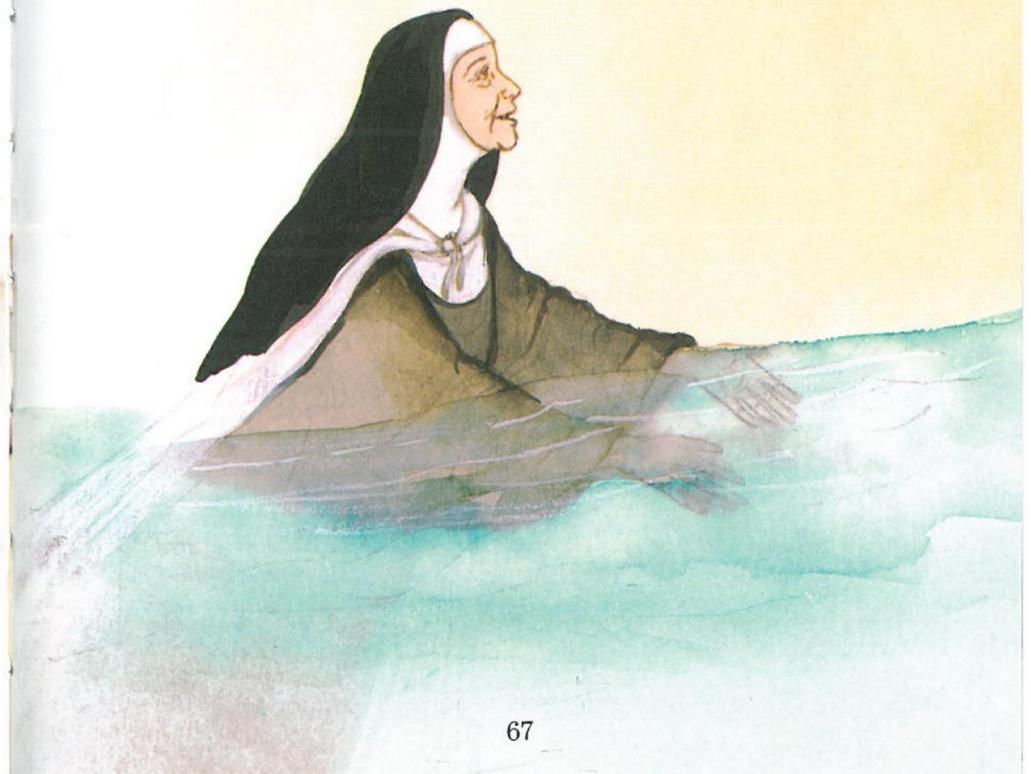
A mis frailes a veces los trataron muy mal, sobre todo a mi padre Juan de la Cruz, que estuvo encarcelado nueve meses en Toledo. Pero él se escapó solito de la cárcel con un arte increíble.



Mi padre Gracián, el primer Provincial, también sufrió mucho. Así con los sufrimientos de unos y otros y la gracia de Dios fortalecía la Orden. Me alegró mucho el envío de los primeros misioneros a África.



En fin, como nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, también a mí me llegó ir a desembocar en la mar de Dios. Me llegó la muerte, mejor, la Vida, en Alba de Tormes, provincia de Salamanca, el 4 de octubre de 1582, a la edad de 67 años. Allí estoy enterada. Y, ¡qué casualidad!: el día siguiente de mi muerte no fue 5 sino 15, porque entonces corrigieron el calendario y le quitaron esos 10 días, saltando del 4 al 15. Por eso mi fiesta se celebra el día 15 de octubre.



Me canonizaron en Roma en 1622.

¡Madre mía! ¡qué cosas! Dijeron que yo era santa, que estaba canonizada y que había escrito cosas muy buenas de “eminente doctrina”,

Eso que dicen de la excelente doctrina que enseñé, es verdad. Es la doctrina que aprendí de Cristo, el Señor.

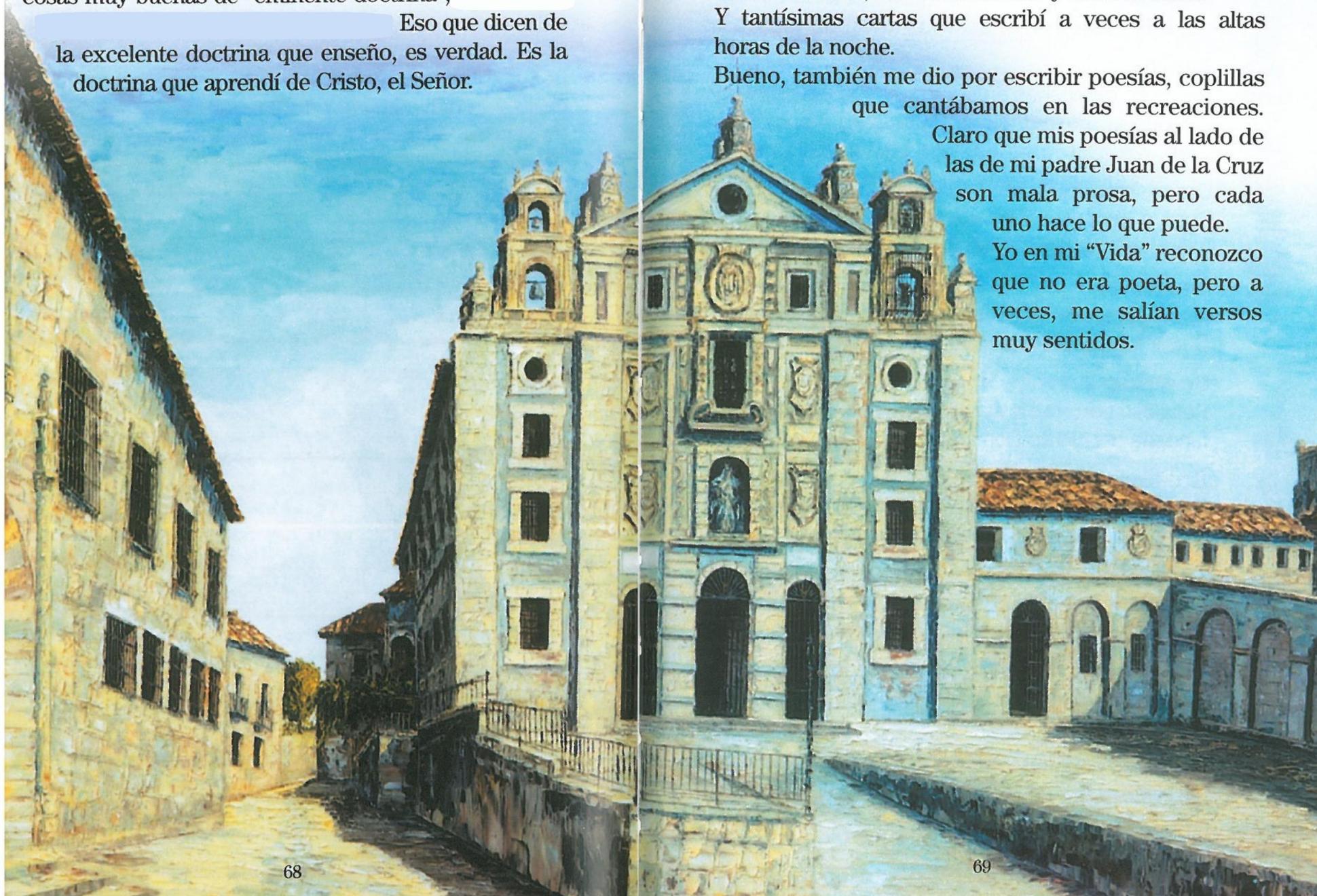
Los libros que escribí son: “Vida”, “Camino de Perfección”, “Fundaciones”, “Moradas”, “Meditaciones sobre los Cantares”, “Cuentas de Conciencia”, “Exclamaciones” y otras cosillas.

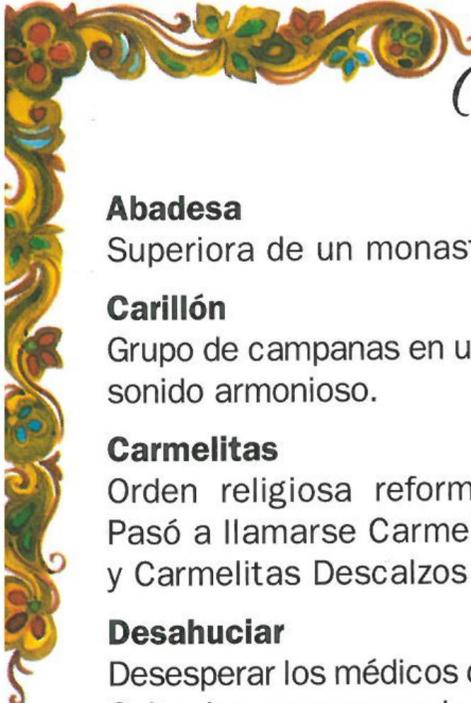
Y tantísimas cartas que escribí a veces a las altas horas de la noche.

Bueno, también me dio por escribir poesías, coplillas que cantábamos en las recreaciones.

Claro que mis poesías al lado de las de mi padre Juan de la Cruz son mala prosa, pero cada uno hace lo que puede.

Yo en mi “Vida” reconozco que no era poeta, pero a veces, me salían versos muy sentidos.





## Un poco de

### **Abadesa**

Superiora de un monasterio.

### **Carillón**

Grupo de campanas en una torre, que producen un sonido armonioso.

### **Carmelitas**

Orden religiosa reformada por Santa Teresa. Pasó a llamarse Carmelitas Descalzas (monjas) y Carmelitas Descalzos (frailes).

### **Desahuciar**

Desesperar los médicos de la salud de un enfermo. Quitar las esperanzas de una posible recuperación.

### **Dominico**

Religioso perteneciente a la Orden de Predicadores, fundada por Santo Domingo.

### **Franciscano**

Religioso perteneciente a la Orden de Frailes Menores, fundada por San Francisco.

### **Indias (Las)**

La América recién descubierta.

### **Inquisición**

Un tribunal de la Iglesia para descubrir y castigar los errores contra la fe.

### **Jesuita**

Religioso perteneciente a la Compañía de Jesús.

## vocabulario

### **Libros de Caballería**

Especie de novelas donde se narraban muchas aventuras y amoríos.

### **Locutorio**

Habitación destinada en los conventos para que las monjas hablen con la gente de fuera, generalmente separados por una o dos rejas.

### **Paroxismo**

Acceso violento de una enfermedad.

### **Priora**

Superiora de un convento.

### **Profesión religiosa**

Obligarse en una Orden religiosa a cumplir los votos propios de esa Orden.

### **Provincial**

Religioso que tiene el gobierno sobre todas las casas y conventos de una provincia religiosa.

### **Tierra de Moros**

En la imaginación de Teresa niña lugar donde supuestamente estaban los mahometanos, quienes fácilmente le producirían el martirio.

### **Tísica**

Que padece la enfermedad de la tisis.

### **Tullida**

Pérdida del movimiento del cuerpo o de alguno de sus miembros. Imposibilitada para moverse.

## *Oración*

*Señor, Dios nuestro,  
que por medio de tu  
Santo Espíritu has suscitado  
a Santa Teresa de Jesús,  
nuestra madre,  
para enseñar a tu Iglesia  
el camino de la perfección;  
concédenos alimentarnos  
siempre con su celestial doctrina,  
para que crezca  
en nosotros  
el deseo de  
la verdadera santidad.*

